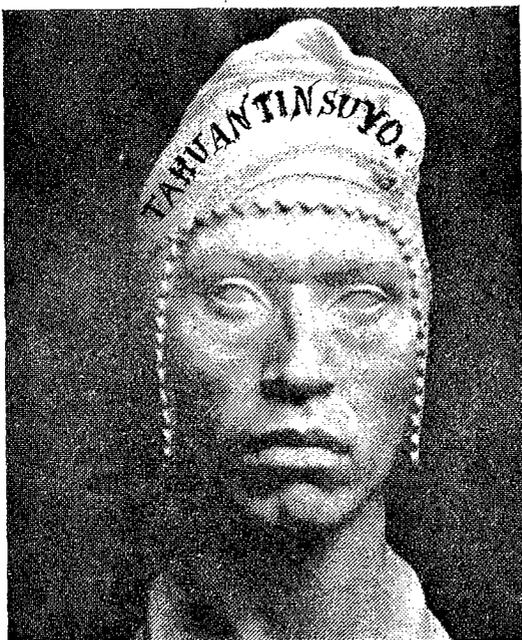


HACIA EL DESPERTAR DEL ALMA INDIA

VOCES EN TORNO AL GRAN PROBLEMA

(Para los maestros del Perú)



YUPANQUI

(Escultura de Ramón Mateu)

LEMA INCAICO:

Ama sua, Ama kella, Ama llulla.
No robes, no seas ocioso, no mientas.

HACIA EL DESPERTAR DEL ALMA INDIA

VOCES EN TORNO AL GRAN PROBLEMA

(Para los maestros del Perú)



IDEARIO Dr. Luís E. Valcárcel
EL INDIO EN LA VIDA NACIONAL . . ., José M. Valega
EL PROBLEMA DEL INDIO. Sr. Rafael Larco H.
EL PROBLEMA DEL INDIO Y DE
LA TIERRA. Ing. Santiago Antúñez de
Mayolo

CON UNA
NOTA LIMINAR.

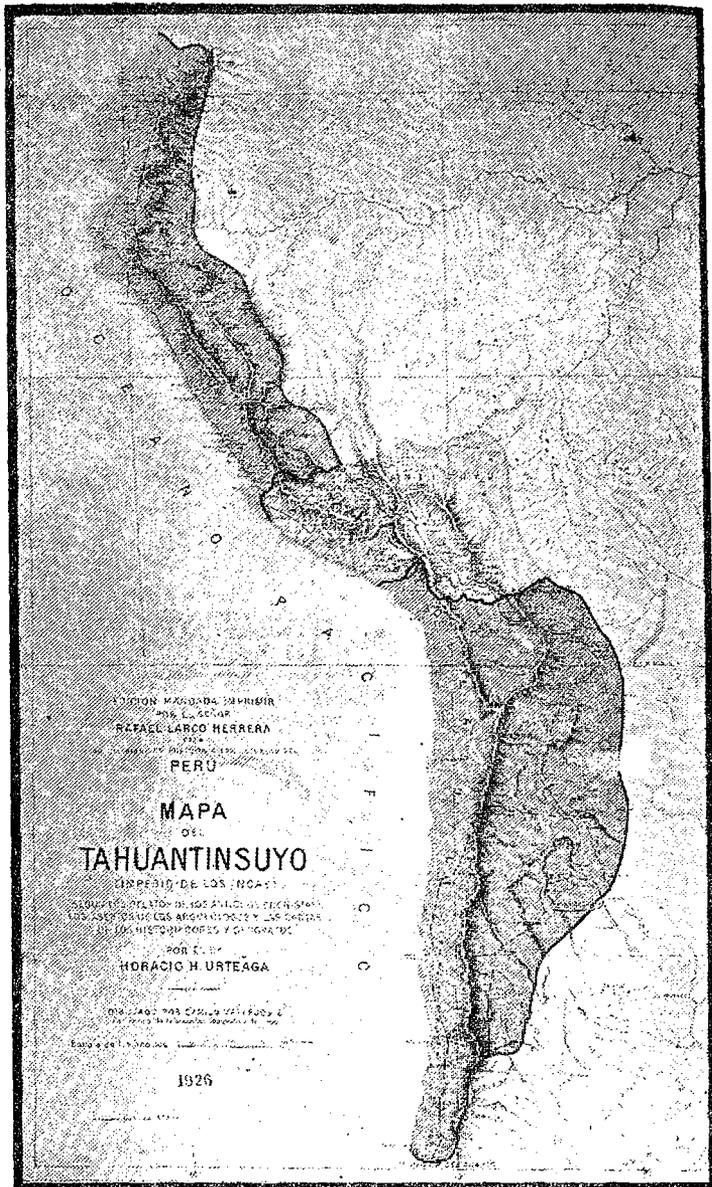
“Sólo un gran amor fraternal, comprensivo, uno de esos amores que arrancan de la génesis de la especie y son el grito de la sangre, tendrá el poder de salvar al Perú, dignificando al indio.”

VALCARCEL

“Digamos nuestra verdad, con fé y con amor. Con fé en el porvenir de la nación unificada. Con amor a la raza triunfadora de ayer.”

VALEGA





El Imperio del Tahuantinsuyo, el más extenso y poderoso de Sur América, y en el que floreció, hace miles de años, la más avanzada civilización del Continente.

EDITORIAL REVISTA "LA SIERRA"

ADMINISTRACION

Lima, Perú. - Camaná 116

Nota Liminar
10



ACE más de mil años floreció, entre los riscos de la cordillera andina, la admirable civilización keshua o inkaica; y muchos siglos antes, todavía, yungas y nazcas y chimús hicieron, sobre la arena cálida de la costa peruana, obra que es, aún hoy, pasmo y asombro de sabios y de artistas.

Los hombres que forjaron, con manos habilísimas, tejidos y cerámicas maravillosos de arte, de color y de línea; los que elevaron graníticos palacios majestuosos y gigantescas fortalezas, triunfadores del tiempo, del odio y del olvido; los que constituyeron esa vasta organización formidable que fué el Imperio del Tahuantinsuyo; los que cruzaron de caminos sus dominios inmensos; los que hicieron canales, y represas, y lagos, para, al aprovechar mejor las aguas, obtener beneficios mayores de la tierra; los que lograron, no obstante su aislamiento ignorados, tal grado de cultura que nada tiene que envidiar, ni envidia, a las civilizaciones de los antiguos pueblos de occidente; esos hombres fueron, un día, sorprendidos por la invasión aventurera de los blancos, y hubieron de rendirse, deslumbrados, al estampido de los arcabuces y al bronco relinchar de los corceles de guerra.

La conquista fué doblemente trágica para ellos: destruyó su personalidad política, y les obligó a ocultar en lo más hondo, para evitar que fuera también aniquilada, su personalidad espiritual; es decir, creó dentro de ellos, otro ser, moralmente inferior, que, paulatina, pero seguramente, ha ido adquiriendo, con el transcurso de los siglos proporciones de naturaleza única.

Trescientos largos años vivió el indio bajo la férula impiadosa del conquistador, ávido de oro; y fué, todo ese lapso, la base más segura y más firme del imperio:

colonial español en Suramérica. Descendió a las entrañas de las minas traidoras, para arrancarles el metal precioso que había de engrosar los caudales del amo; laboró, para él, la tierra generosa y levantó casas y templos; pero no recibió, a cambio de su cooperación inestimable, sino los latigazos del odio o del desprecio de sus dominadores.

Y llegó la república, que trajo libertad para el blanco y el mestizo; pero no para el indio; la república, cuya labor respecto a las necesidades de la raza ha sido siempre nula, cuando no perniciosa.

Así es cómo, más perseguido y más escarnecido que antes — porque ahora conspiran contra él jueces, autoridades, gamonales y clérigos, todos, en suma, cuantos le rodean, el indio no ha gustado todavía el placer de sentirse o de llamarse libre. Se le desdeña por ignorancia o estulticia; se le mantiene sumido en el oprobio, o se le precipita en él, por interés y por crueldad. Y, sin embargo, como ayer en el Inkario, como más tarde en la Colonia, el indio lo es todo en la república; y no hay obra, ni grande ni pequeña, que no lleve su huella, ni empresa, heroica o fácil, que no haya realizado.

Pero no pueden ser eternos el mal y la injusticia. A combatirlos tiende, desde hace algunos años, el generoso esfuerzo de muchos hombres cultos y de espíritu amplio, que, enamorados del glorioso pasado de la raza, anhelan, para ella, un porvenir mejor; y se empeñan por penetrar en su yo íntimo, rasgando el velo secular que lo cubre; por despertar su alma; por traerla, con la fé y el amor todopoderosos, a la senda benéfica de la civilización; por enaltecerla y por dignificarla.

En la brillante pléyade que hace labor tan bella y altruista, figuran, entre los más preclaros, los señores Luis E. Valcárcel, José M. Valega y Santiago Antúnez de Mayolo, autores de tres de los artículos que reúne este volumen. El cuarto constituye mi aporte modestísimo, basado en la experiencia de treinta años de trabajo y de trato con indígenas, a la más pronta y racional solución del gran problema.

La inquietud apostólica del señor doctor Valcárcel vibra íntegramente en el Ideario con que se inicia el li-



El gran lago sagrado de los Inkas, el Titikaka. La fotografía reproduce, en primer término, ruinas del viejo imperio.

bro. Su magnífico verbo tiene acentos proféticos. Su exaltación contagia. Su fervor sugestiona. Es el "evangelista del indigenismo". No podía faltar su voz en esta obra, cuyo objetivo primordial es atraer prosélitos para la gran cruzada, sembrando la dorada simiente nacionalista en el corazón y en la mente del maestro y del niño peruano.

Serena, precisa, sugestiva, reveladora de un profundo conocimiento del asunto, la palabra del señor doctor Valega era, asimismo, indispensable. El estudio que hace del problema indio, en la conferencia que aquí se reproduce, es, psicológica y sociológicamente, de los más exactos que se hayan producido en nuestro medio. Las conclusiones a que arriba — que coinciden, en su mayor parte, con las expuestas por mí en más de una ocasión, son, evidentemente, las más prácticas y adecuadas al ambiente y a las necesidades nacionales.

El señor doctor Antúnez de Mayolo, comentando el artículo mío ya citado, aborda, en forma inteligente y erudita, la cuestión del reparto de tierras, ya contemplada, hace tres siglos, por los legisladores españoles de Indias.

He creído cumplir deber patriótico al editar este folleto, que ha de dar vida menos fugaz y más fructífera, que la del diario o la revista a los interesantes ensayos mencionados, y dedicarlo a los maestros que moldean el espíritu de la juventud peruana, con el vivo anhelo de convertirles en paladines de nuestra noble causa, contribuyendo, así, al despertar de la raza autóctona.

Rafael LARCO H.

Hacienda Chielín,
Trujillo, Perú,
Octubre de 1929.

Dr. LUIS E. VALCARCEL

Catedrático de Arqueología de la Universidad del
Cuzco y publicista.

IDEARIO

(De su último libro "Tempestad en los Andes", Biblioteca
Amauta, MCMXVII).

Ideario



El los Andes irradiará otra vez la cultura.

El andinismo es mucho más que una bandera política; es, sobre todo, una doctrina plena de mística unción. Sólo con la fé de los iniciados, con el ardor de los prosélitos, el andinismo surgirá para encerrar en su órbita todo lo que los Andes dominan desde su altitud majestuosa.

De los Andes tienen que nacer, como nacen los ríos, las corrientes de renovación que transformen al Perú.

El indio es el único trabajador en el Perú, desde hace diez mil años. Levantó con sus manos la fortaleza gigantesca de Sajsawamán, la ciudad sagrada del Sol; los templos y los palacios inkaicos, los grandes caminos continentales, la canalización de los ríos, la captación de las aguas, los colosales acueductos, las terrazas innúmeras, las subterráneas galerías, las urbes coloniales con sus muelles catedralicias y sus conventos de graníticos claustros, los puentes, las fábricas, los ferrocarriles, las obras portuarias, las instalaciones infernales de las minas profundas y multimillonarias.

El indio lo hizo todo, mientras holgaba el mestizo y el blanco entregábase a los placeres.

En la sangre india están aún todas sus virtudes milenarias.

Son dueños de una de las más hermosas regiones del globo; la sierra y la montaña prodigan su belleza, como si no fuera bastante con la utilidad de sus ricos y múltiples productos, de todos los climas.

Podemos vivir en abundancia y bienestar. No nos torturan abismantes inquietudes. La tierra excede, prolífica y maternal, a nuestras necesidades presentes y futuras.

El virus moderno del parasitismo elegante penetra al Perú por la puerta abierta de su capital europeizada.

Hay que oponer a la suicida tendencia de la vida muelle, la ley universal del trabajo, instituída como uno de los fundamentos de la grandeza inkaica.

El andinismo es el amor a la tierra, al sol, al río, a la montaña. Es el puro sentimiento de la naturaleza. Es la gloria del trabajo que todo lo vence. Es el derecho a la vida sosegada y sencilla. Es la obligación de hacer el bien, de partir el pan con el hermano. Es la comunidad en la riqueza y el bienestar.

Es la santa fraternidad de todos los hombres, sin desigualdades, sin injusticias.

El andinismo es la promesa de la moralidad colectiva y personal; la poderosa, la omnipotente reacción contra la podredumbre de todos los vicios, que va perdiendo a nuestro país.

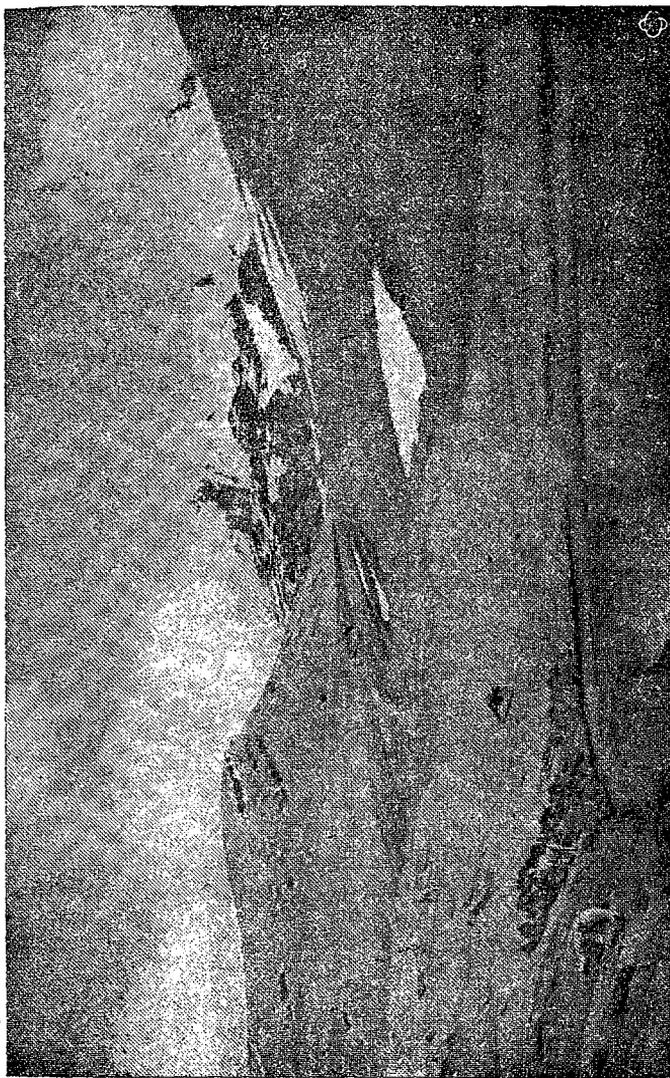
Proclama el andinismo su vuelta a la pureza primitiva, al candor de las almas campesinas. Andinismo es agrarismo: es el retorno de los hijos pródigos al trabajo honesto y bendito bajo el gran cielo; es la purificación por el contacto con la tierra que labraron con sus manos nuestros viejos abuelos, los Incas.

Sólo una gran virtud personal, un titánico esfuerzo de moralidad puede salvarnos.

Sabemos ya, por la sociología relativista, que en el mundo se han desarrollado, como grandes organismos, las culturas sometidas a las leyes generales de la vida: nacimiento, desarrollo y muerte.

Son las culturas seres específicos plasmados con caracteres propios e inconfundibles. Como los astros en el Cosmos, las culturas en el mundo espiritual son las creaciones máximas de cuya energía se nutren pueblos e individuos.

Cada personalidad, cada grupo, nace dentro de una cultura y sólo puede vivir dentro de ella, como el pez en



El Ánde formidable y milenario, de cuyas cimas descendió, como de colmado vaso, la maravillosa cultura de los keswas.

el agua. Esta relación universal entre el sér vivo y la naturaleza que le rodea se resuelve en el problema de la cultura. Vamos por la tierra con nuestro propio mundo a cuestas; conocemos, pensamos, sentimos, según el conocer, el pensar y el sentir de la propia cultura. No existe el Hombre abstracto, no ha vivido nunca el ente de razón que ha creado el absolutismo filosófico.

Somos hijos, es decir, herederos de un sér que la naturaleza y la cultura han formado. La generación espontánea, la mutación, la vida sin historia repugnan, pues, a nuestra mente.

La cultura incaica es un organismo original. Aparece en el mundo precolombino con todos los caracteres de los sublimes productos de este connubio perpetuamente renovado entre la Tierra y el Hombre.

Aislada de los otros continentes, se desarrolló por un proceso autogenético, nutriéndose por sí sola, sin recibir influencias de otras razas o grupos. Llegó al esplendor y la grandeza, con una vitalidad y lozanía de que sólo son capaces las culturas que no han roto el cordón umbilical que las une a la Tierra.

Los Andes son la inagotable fuente de vitalidad para la cultura del Perú. No perdieron los Inkas, ni los indios de hoy han perdido su engarce telúrico. Conviven con la montaña y con el río, prolongan su sociabilidad a lo infrahumano y se confunden, en la nebulosa panteísta, con cuanto les rodea.

Los hombres que rasgaron el misterio del océano, rompiendo los límites del mundo conocido, al descubrir el país de las doradas leyendas, irrumpieron por entre la multitud atónita de Cajamarea y el Cuzco, impelidos por la hidrópica sed de las riquezas metálicas.

Centauros veloces transmuntaron la cordillera, vadearon el río, se perdieron en la inmensidad del desierto o en el laberinto de la selva, poseídos de una fiebre devoradora de enriquecimiento. Eran los champones, los aruinados hidalgos harapientos, los capitanes ambiciosos arrojados de España empobrecida hacia las rutas tentadoras de el Dorado y Cipango. Pizarro trazó su destino y sintetizó el móvil de su empresa en la línea que marcara con su espada.

Marchaban al Perú a ser ricos.

Los audaces aventureros que se arriesgan por las encrucijadas o se juegan el sol por salir, tórnanse tranquilos terratenientes, señores encomenderos.

Todavía ha de requerir la espada su espíritu inquieto en las correrías y batallas de las guerras civiles (de Almagros y Pizarros; pero han detenido ya su inicial impulso. Cuelga la lanza el caballero, y el asturiano o el vasco se arma del arado y enseña a roturar la tierra purificadora por los métodos de otra cultura. Unce al buey. El caballo del combate tira del carro. Junto al maíz vernacular, luce sus doradas espigas el trigo. Del espadón y la armadura férreos se ha hecho la herramienta.

Evangeliza el encomendero. El sacerdote católico revela a Dios. Siembra la simiente de la nueva fé en el alma sencilla del idólatra solar. Los dogmas y el santoral se superponen al animismo de estos campesinos que adoran la cumbre.

La raza del Cid y Don Pelayo mezcla su sangre a la sangre americana. A la violencia del asalto de los lúbricos invasores, sucede la tranquila posesión de la mujer india.

Se han mezclado las culturas.

Nace del vientre de América un nuevo sér híbrido: no hereda las virtudes ancestrales sino los vicios y las taras. El mestizaje de las culturas no produce sino deformidades.

La raza madre en los Andes sobrevive. Siguen alimentándola como nodrizas gigantescas. Apagado el lumínar tawantisuyu, brillan aún sus resplandores en el despojo humano, como brillan los últimos rayos del Sol en las altas cumbres. En la meseta andina, en la sierra del Perú, no ha muerto la gran cultura aborígen.

Pese a nuestra ingratitud, la madre amorosa, negada, por humilde, en el silencio y en el dolor de su inferioridad vergonzante, sigue arrullándonos, como a hijos de sus entrañas, con la cantinela que entonaron todas las madres desde que vive el hombre en estos riscos.

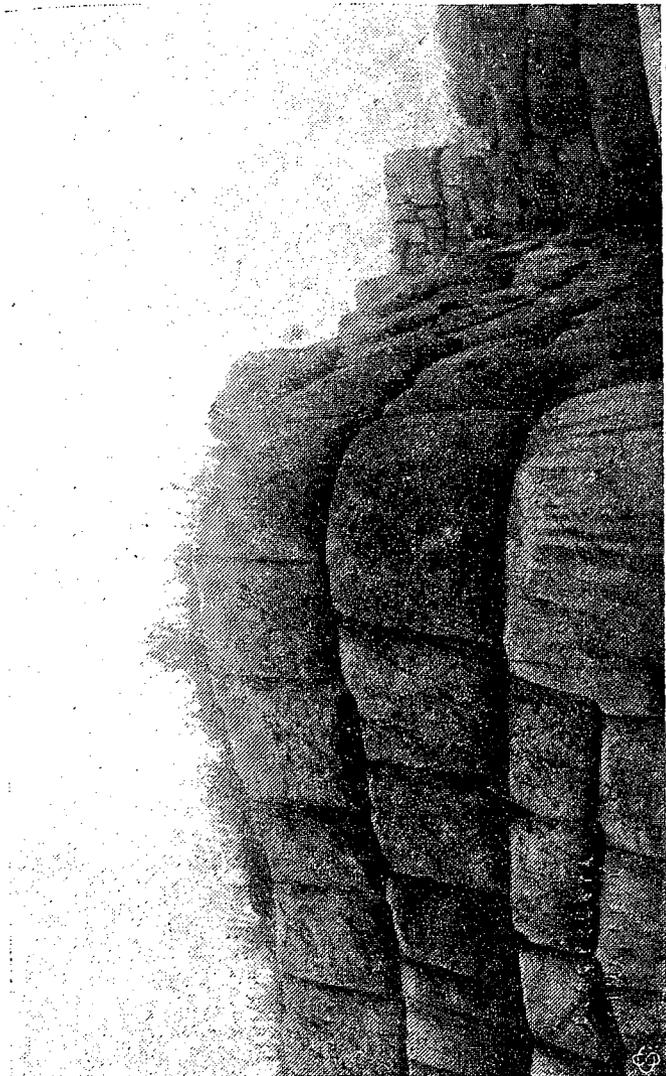
Nació de vientre americano el hombre nuevo. Toda la influencia maternal de la cultura inkaica vive en nosotros. Discurre misteriosamente en nuestro espíritu como la sangre que irriga nuestro cuerpo. Nos debemos a la Raza.

El aventurero presuntoso nos enseñó a despreciar al indio. La mujer que le daba los hijos era su sierva. El representaba la civilización: la cultura occidental, la España de los Reyes Católicos, de los caballeros de cota y tizona. Para él, trashumante hidalguelo quizás analfabeto, la cultura de la rueda, de las letras, del caballo y de la holganza, del trigo y de la vid, de la moneda de oro y del comercio, de la guerra sangrienta y del sombrío misticismo, no podía ser igual sino superior a esta cultura de las casas de enormes monolitos, del llama, del maíz, del Inka paternal y magnífico, del agrarismo plácido, de la heliofetría jocunda, de las conquistas civilizadoras y humanas y de la vida comunitaria sin ricos ni pobres.

Quinientos años son necesarios - y quizás aún más - para que el hombre de la cultura occidental se dé cuenta de que el mundo no es un solo mundo; de que más allá de las columnas de Hércules o del archipiélago helénico, miles de años antes que el orgulloso europeo, hubo hombres y pueblos capaces de un perfeccionamiento tan original, dentro de su medio telúrico, que se bastaron a sí mismos, sin tener nada que envidiar ni aprender de otras gentes.

Cuatro siglos* de implacable destrucción de una raza. Cuatro siglos que pugna el invasor blanco por desarraigar una cultura. Nuestra historia es la tragedia de esta lucha. El hombre de ultramar y el aborigen, en este duelo gigantesco, no cejan en su empeño de afirmar su ser, sin doblegarse a la fatalidad del sino. Quiere el conquistador, en su loca presunción, borrar todo el pasado de diez mil años de cultura indígena. Bajo la piqueta del destructor van cayendo, una a una, las instituciones del viejo imperio. Los suntuosos palacios, las estupendas fortalezas, los magníficos templos levantados por el Inka, en un glorioso afán de eternidad, son derribados por el bárbaro vencedor. Con los últimos señores de Vilcabamba concluye la estirpe solar de los emperadores. Rueda del patíbulo la inocente cabeza del postrero príncipe del Tawantinsuyu. ¡Mas, es en vano, del alma india no puede ser arrancada la esencia de su cultura!

En la torpe desviación republicana, incapaces de comprender la realidad histórica, hemos ido más allá del opresor español. Los últimos vislumbres de autonomía, el simulacro de las autoridades indias, la conservación de la propiedad comunitaria, el refugio en lo ornamental de



Esfuerzo gigantesco el de los hombres de la raza de bronce que edificaron la fortaleza de Sajsawamán, vencedora del tiempo.

las fiestas en que reaparecían aún las insignias del Inka, vistiendo a algunos de sus descendientes como un recordatorio de su grandeza, todo, todo ha desaparecido en nombre de una burlesca, sombríamente irónica igualdad. Más ciegos, más ignorantes que los colonizadores, borramos de una plumada las sabias leyes protectoras del regnícola que en aquellos lejanos tiempos se dieron con un gran conocimiento de la virtualidad jurídica. No ha habido emancipación para la raza americana.

El divorcio nacional en que vivimos, que acentúa de día en día la incomprensión de la sede del gobierno, impide afrontar la solución de los grandes problemas vitales como el problema de la raza indiana. Los Andes constituyen una muralla infranqueable para el legislador y el gobernante de la Capital. De otro lado, son tan diversas las modalidades de serranos y costeños, que estos no podrán darse cuenta nunca de lo que es la vida en las serranías y de lo que significan los ideales de cuantos de ella participamos. Esta disparidad sociológica viene desde muy atrás. El Cuzco y Lima son, por la naturaleza de las cosas, dos focos opuestos de la nacionalidad. El Cuzco representa la cultura madre, la heredada de los Inkas milenarios. Lima es el anhelo de adaptación a la cultura europea. Y es que el Cuzco preexistía cuando llegó el conquistador, y Lima fué creada por él, ex-nihilo.

¿Cómo desde la capital va a comprenderse el conflicto secular de las dos razas y las dos culturas, que no ha perdido su virulencia desde el día que el invasor puso sus plantas en los riscos andinos?

¿Será capaz el espíritu europeizado, sin raigambre en la tierra maternal, de enorgullecerse de una cultura que no le alcanza?

¿Podría vivir en el mestizaje de otras razas exóticas el gran amor que sólo nutre y mantiene la sangre de los hijos del Sol?

Sólo al Cuzco está reservado redimir al indio.

La intelectualidad de las sierras ha emprendido la gran cruzada indianizante. Bajan de los Andes los arroyos purificadores que mañana serán los Amazonas soberbios de la nueva edad Americana. Crece el orgullo de sentirnos herederos de una gran cultura original, y de un extremo a otro del continente se mueven los precursores para pro-

clamar la emancipación del espíritu Colombino. En Buenos Aires se saluda con el fervor de los fanáticos prosélitos de un culto vital, el advenimiento del Arte Inkaico. Y desde Montevideo hasta Nueva York se deslizan las ondas sonoras del Himno del Sol.

El día que todas las conciencias sientan nacer el orgullo de ser de esta madre sublime -la Raza- que aguarda largos siglos la hora de su rehabilitación, habrá desaparecido el problema indígena.

Los indios, señores de la tierra, elevados a nuestros ojos por la vivificación de la vieja cultura, volverán al hogar común como el hermano injustamente despreciado y preterido, que reocupa su sitio, impuesto su derecho de vástago legítimo.

Ilusión perniciosa, engaño interesado pensar que el indio puede redimirse por una ley o unos cuantos decretos. No es la obra de un hombre ni de una generación.

Sólo un gran amor fraternal, comprensivo, uno de esos amores que arrancan de la génesis de la especie y son el grito de la sangre, tendrá el poder de salvar al Perú, dignificando al indio.

Luis E. VALCARCEL.



JOSE M. VALEGA

Doctor en Jurisprudencia y en Filosofía y Letras
de la
Universidad de San Marcos y publicista.

EL INDIO EN LA

VIDA NACIONAL

(Conferencia sustentada en el "Centro Cuzco", de Lima, el
20 de Noviembre de 1927).



El indio en la vida nacional



PLANTEAR un problema peruano, y resolverlo, es plantear y resolver una cuestión propia, con los métodos de las ciencias sociales. Porque todo problema nacional es problema sociológico. Porque la nación es círculo mínimo inscrito dentro del círculo máximo de la sociedad universal.

En tal virtud, ahondar el estudio del problema indígena, es penetrar, con serenidad, pero con resolución, en la vida racial del aborigen peruano, para descubrir las facetas permanentes de su espíritu; para encontrar los cauces por donde derivó su vitalidad; para aquilatar sus energías productivas; para medir la intensidad de su dinamismo; para constatar su evolución; para comprobar las posibilidades de su eficiencia en el porvenir.

La historia y la sociología nacionales, han de darnos la clave del valor integral del indio. La historia, porque es la ciencia psicoanalítica de la vida social. La sociología, porque es la ciencia de las leyes evolutivas humanas.

Veamos, pues, la función del indio en la historia del Perú, para invadir después el área de la sociología, y exhibir la capacidad total de la vieja raza nacional.

Hasta hoy, en nuestro ambiente, no hemos tratado de buscar el alma de la raza. Hemos escrito, profusamente, sobre política incásica; pero no hemos encontrado la corriente pulsativa del gran imperio. Hemos celebrado sus obras estupendas de irrigación y de arquitectura guerrera; pero no hemos hallado el gran espíritu informador de la más alta civilización suramericana primitiva. Hemos apreciado el esfuerzo ejecutor; pero no hemos indagado en el fondo del espíritu creador.

No es posible, sino sintéticamente, en esta actuación, esbozar los valores sociales del indio peruano, que la his-

toría y la sociología han cristalizado ya, en fórmulas precisas y concretas.

En el imperio teocrático de los incas, existían, como estado normal de todos los pueblos, en su ascenso evolutivo, dos clases sociales, homogéneas morfológicamente, pero heterogéneas en espíritu: los dirigentes y la masa; los gobernantes y los gobernados; los selectos y el montón.

Pueblo guerrero, por necesidad sociológica, que no saboreó, oportunamente, la estabilidad política, porque no alcanzó a producir el vínculo definitivo de fusión espiritual de la masa, no pudo lograr, como lograron las castas sacerdotales del oriente, todo el acervo cultural de su clase superior. El *huillaguma*, jefe supremo del culto religioso, y los amautas, sabios instructores de la nobleza imperial, no llegaron, por falta de un medio de expresión escrito, a consignar la sabiduría ideológica de la raza directriz.

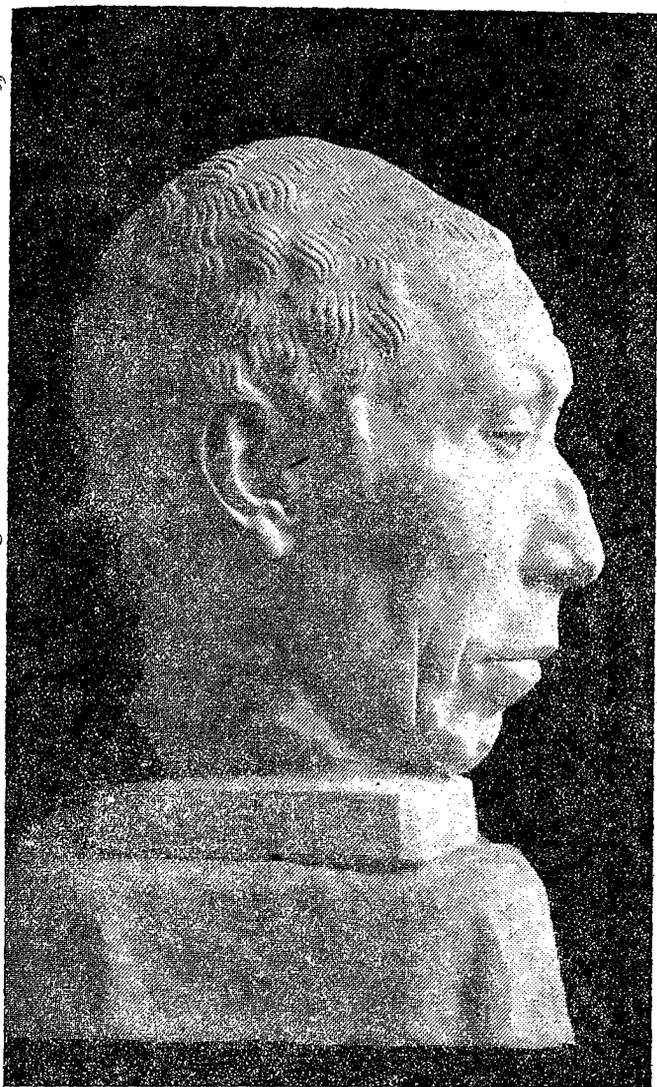
Por eso, en la hora de la conquista, la nueva civilización halló las obras maravillosas del imperio; pero sin el espíritu informador impreso en tablas indelebles.

Y tres razones fueron las que conspiraron contra la muerte del espíritu racial selecto del gran imperio: la falta de escritura, que grabase, para siempre, el pensamiento director; la guerra tremenda de exterminio entre los dos hermanos de Quito y Cuzco; y la sorpresa sangrienta de Cajamarca.

El vencedor de Quipaipán, siguiendo, intuitivamente, la táctica política de los sultanes de la Turquía medioeval, decretó la desaparición de la familia imperial del Cuzco, depositaria de la cultura nacional. Y, en Cajamarca, la tarde dolorosa del ingreso de la nueva civilización, cayeron, junto al indio infeliz de Quito, todos sus nobles, todos los que daban lustre a la obra creadora del imperio derruido.

La conquista ingresó al Perú, sobre los cadáveres de la nobleza incaica, y asentó su dominación sobre la masa. Todo lo que significaba valor espiritual, energía creadora, había sucumbido ya, en Andamarca y el Cuzco, en Cajamarca y en Jauja. Ideológicamente, la conquista fué el exterminio del Perú espiritual. Geográfica y políticamente, la conquista fué el vasallaje de la masa peruana.

Pero, si bien la falta de una casta selecta, semejante a las orientales, no permite recoger la tradición, en su fuente más cristalina y pura, queda la obra objetiva so-



Esta escultura del artista español Ramón Mateu, a quien pertenece también la que sirve de portada al volumen, acusa, en sus líneas, la grandeza del alma de la raza. Es el Amauta, el pensador, el sabio, el celoso depositario de la cultura del gran pueblo.

berana del imperio incásico, la obra fecunda, para inducir la mente inspiradora.

Y vamos a recurrir al simple esbozo de aquella, para recoger y apreciar la eficiencia racial del indio, a través de las tremendas mutaciones de su vida social.

En los días convulsos de la unificación de las tribus, desde Ayar Manco y Viracocha, hasta Huayna Capac, la clase laboriosa, el obrero indígena, que constituía la casi totalidad del Perú imperial, era simple ejecutora del pensamiento superior de la nobleza selecta. El Inca y sus áulicos, imponían la norma social, a nombre de la divinidad. Y, por eso, el comunismo agrario pudo llegar a constituir el ideal político del gran imperio.

Ideal político, porque tenía fuerza bastante para mantener la armonía interna; porque tenía poder soberano para producir el equilibrio entre el individuo y la sociedad.

Y como el pensamiento de la clase selecta, estaba orientado hacia el orden social, el pueblo ejecutaba, plasmaba mejor dicho, la mentalidad de la nobleza directriz.

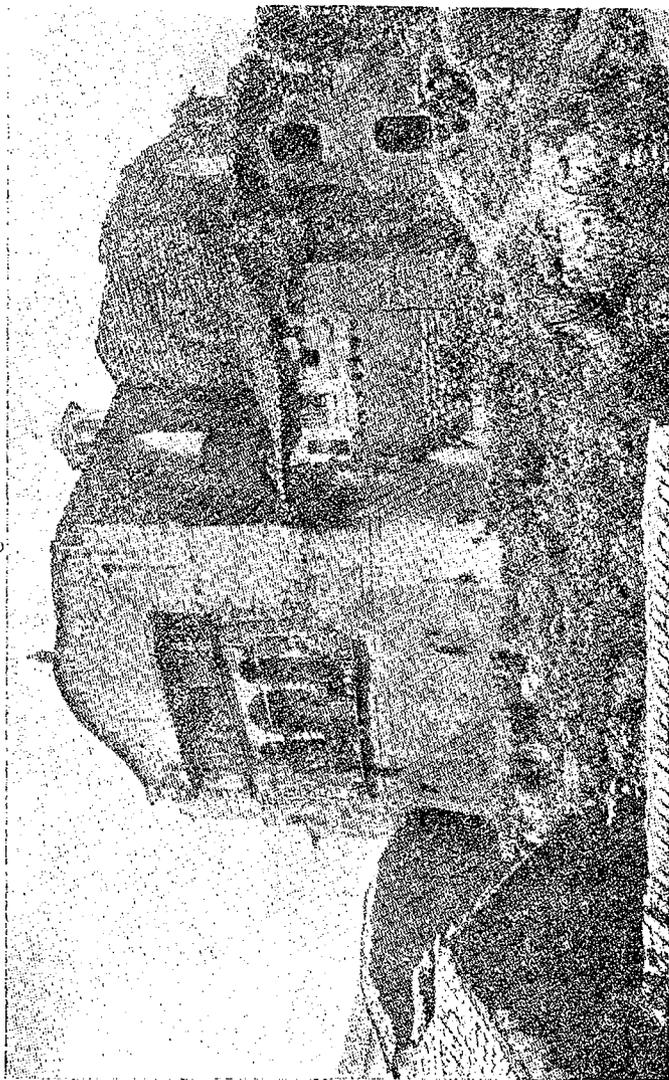
Por eso, el gran imperio fué, efectivamente, grande. La armonía entre el pensamiento y la acción, había resuelto el gran problema social del Perú primitivo.

La adecuación entre los dos elementos sustantivos del progreso social, fué perfecta. La eficiencia de la mente imperial se armonizaba con la eficiencia del esfuerzo físico. A la mente, que concibió la grandeza del reino cuzqueño, respondió el músculo ejecutor, en todo el Tahuantisuyo.

De ahí que la conquista hallase un país rico, hecho rico por el esfuerzo indígena, con estupendos canales de irrigación y monumentos grandiosos que testificaban una verdadera civilización; pero sin espíritu. Porque, destruída la mente, en el Cuzco y en Oajamarca, solo quedaba la energía mecánica de la raza conquistada.

Y, a pesar de ser la masa popular incásica, la única energía que usufructuó la conquista, el montón dócil y manso, comprobó su alta eficiencia constructiva, la misma eficiencia de los días de Sacsahuamán y el Coricancha.

Aunque esclavo del aventurero impío, el indio acreditó su potencia de trabajo, en las minas y en los campos, con los ingentes tesoros que emigraban a la Metrópoli, ya como quintos del rey, ya como patrimonio particular de los ricos encomenderos.



El Koricancha o Templo del Sol, sobre cuyas ruinas se alza ahora una Iglesia católica. El grabado apenas si da idea de la grandiosidad del viejo templo.

Y, el mismo indio, que no ha gustado todavía el placer de la república, sigue elaborando la fortuna de los despiadados gamonales, de los infames gobernadores, y de algunos impúdicos pastores.

Su esfuerzo de hoy es el mismo de ayer; la intensidad de su trabajo es idéntica. La energía que desarrolla es siempre valiosa para sus explotadores, pero estéril para él. Su esclavitud física es la esclavitud colonial; es la misma esclavitud del imperio. Porque su psicología es la misma, porque su alma es idéntica.

No basta que la historia nos diga de los atributos de fortaleza y energía del indio; ni que la sociología nos hable de la utilidad social de su esfuerzo. Es preciso penetrar en su alma, analizar su espíritu, para hallar las facetas propias, los prismas nítidos de su personalidad.

La conciencia humana se determina siempre, ante los estímulos que actúan sobre ella. Y toda determinación es una reacción espiritual, en presencia de un motivo.

Pues bien, si logramos encontrar la correlación que existe, científicamente, entre la reacción y el motivo, habremos descubierto la psicología individual del indio. Y si conocemos, históricamente, ambos fenómenos, en el indio peruano, podemos intuir claramente la sustantividad del alma racial.

En efecto, el imperio incásico aparece, como organismo teocrático, el día que el gran pueblo sufrió el primer deslumbramiento espiritual, ante la barreta de oro, que se hundía, en las inmediaciones del Titicaca, al conjuro de la voluntad vigorosa de Manco Capac, el genio de la raza. O el día en que Inca Rocca, sobre la cumbre de la montaña cuzqueña, con áureas vestiduras, aparecía, en comunicación maravillosa con su padre el Sol.

Así, el primer deslumbramiento del indio, provocó su primera sumisión, en la infancia del imperio. Lo sobrenatural y misterioso irradió, en su espíritu, con luz tan fulgurante, que la emoción ahogó el conocimiento.

Esta tesis se confirma, históricamente, cuando la relajación del vínculo artificial en la política imperial, se acentuó seriamente, con la cruenta rebeldía de la tribu de los chancas, cerca del Cuzco. Allí se puso de manifiesto, que no bastaba ya la paternidad del Sol, para auspiciar la tiranía unificadora de Yahuar Huaca. Y se comprobó que era preciso un nuevo credo, para restablecer el equilibrio perdido en el imperio.



Fotografía aérea de las ruinas de Chanchán, que se conservan cerca de Trujillo. El trazo de esta gran ciudad de ayer es tan perfecto como el de cualquier Cosmópolis moderna.

Y Viracocha, el gran hijo del incapaz Yahuar Huaca, produce el segundo deslumbramiento en la incipiente conciencia popular.

Mozo inteligente y audaz, sabiéndose excluido de la herencia imperial, por la injusticia del nacimiento tardío, no vacila en hollar los derechos de su padre y de su hermano, Inca Urco, primogénito del imperio, para salvar a su pueblo y a su raza. En combinación soberbia, con el Huillace Umo, Viracocha toma el nombre sagrado de la más alta divinidad incásica; habla de su misión suprema, transmitida por el mismo Dios inmaterial, en comunicación solemne, en su retiro montañoso.

Y una nueva dinastía, sustentada por un nuevo Dios, más humano que el Sol, porque era invisible y omnímodo, surge el día glorioso de Chitapampa, con la victoria soberbia de Viracocha sobre los chancas rebeldes.

Por eso, el nuevo vínculo, más fuerte y más tiránico que el del Coricancha, multiplicó rápidamente la expansión territorial, bajo la orientación guerrera y política de Pachacutec y Huayna Capac.

Por eso, también, el pueblo incásico pudo mantener su hegemonía en América del Sur, salvándose, en la historia, del olvido de la humanidad.

Pero, nuevamente, se presentó al pueblo incásico, el fenómeno precursor del derrumbamiento del imperio. En las horas combativas de los dos hermanos, Huáscar y Atahualpa, la divinidad del gran Viracocha se esfuma, en la conciencia popular. La humanización de las ambiciones de los dos soberanos, del Cuzco y de Quito, habló al pueblo el lenguaje doloroso de la ruina de sus dioses.

Al primer estímulo divino, el pueblo había respondido con la sumisión. Y al surgir la lucha, netamente humana, entre los dos hermanos, la disgregación se produjo. Entonces, el indio se da cuenta de la fuerza de sus valores particulares. Sospecha que su individualidad física es factor decisivo en la vida social. Y, por vez primera, se siente libre en la acción.

Libre, para abrazar el partido de cualquiera de los hijos de Huayna Capac que guerreen. Libre para huir, sin responsabilidad y sin sanción, el día de la matanza de los nobles en Cajamarca.

De aquí el error clamoroso de la cobardía imputada a los guerreros de Atahualpa, en la tarde roja de la conquista.



**La fortaleza chimú de Paramonga, que atestigua también cuanto se afirma, en el volúmen,
de la grandeza india.**

No fueron cobardes, los indios que abandonaron a su Inca, convencidos de su similitud humana. No pudieron serlo, porque el vínculo de unión divina, con el tirano usurpador, se había humanizado. No lo fueron tampoco, porque el tercer deslumbramiento de los fusiles y cañones de Cajamarca, Cerumbó, en su alma, por acción del terror, su ingenuo pasado.

Al indio, que vivía dentro de la esclavitud imperial, no le interesaba la vida del tirano, descendido ya del trono sagrado de Viracocha. En su alma, huérfana de cultura, no existía la fuerte ligazón social. El había trabajado, para el Sol, para su Inca, para sus guerreros, para su comunidad y para él, porque el trabajo era obligatorio y porque la amenaza de la muerte gravitaba sobre la cabeza del ocioso. Pero, en su espíritu infantil, no lanzaba sus destellos ningún imperativo categórico de conciencia.

El deber supremo, el deber moral, que es el eje formidable del orden social, no tenía en la conciencia del indio, traducción racional, en relación con su cultura rudimentaria.

De ahí que, al primer disparo sorpresivo de las huestes de Pizarro, se operase un cataclismo espiritual en el alma del indio, y huyese, ante lo inexplicable e insondable para él.

Ninguno de los tres elementos capitales de la conciencia psicológica, había recibido, en el indio, cultivo inicial. Intelectualmente, su desamparo respondía a las necesidades políticas del imperio. Volitivamente, su acción estaba supeditada a los mandatos sociales. Ni aún sentimentalmente, en la intimidad de su yo, sentía el indio la fruición de un afecto hondo, espontáneo o natural.

Se diría que, en su larga vida, el alma del indio dormía el triste sueño de la infecundidad personal. Nulo, espiritualmente, para sí, era, sin embargo, útil y productivo para la sociedad.

Cabría afirmar que el indio era un simple individuo, sujeto de explotación social, y no una persona.

Por eso, a la aparición del conquistador ibero, el indio siente, intuitivamente, su inferioridad espiritual, y huye, presa de tremendo pánico, ante su instintiva ineficacia combativa.

Psicológicamente, lo que no ingresa a la conciencia, por los dinteles de la inteligencia, sino por la fuerza avasalladora de la emoción, provoca el pasmo anímico, el es-

tancamiento espiritual; no la polarización, que es la atrofía fatal de las aptitudes inejercitadas.

Tal el terrible fenómeno ocurrido el día de la prisión de Atahualpa. El fuego de la fusilería, que asentó las raíces inamovibles de la conquista, estancó el espíritu amorfo del indio nacional. Abrió, en su alma, el agobiante paréntesis de la subconciencia, enconchando, amurallando su yo, en el último, apartado rincón de su conciencia.

Así aparecè, el indio altivo y valiente de los días heroicos de Yupanqui, manso y sumiso a la fuerza de la nueva tiranía colonial; pero, hosco, desconfiado y huraño, en la plenitud gris de su vida interior. Sometido y dúctil, en la hora del esfuerzo físico; silencioso y triste, bajo la fórmula impía; pero rebelde, con la horrible rebeldía de la esterilidad, dentro del pequeño gran mundo de su yo.



Esta bella escultura del artista cuzqueño V. Delgado, realiza la leyenda que afirma que la madre de Waskar previó y predijo días funestos para el imperio.

Por eso, cuando la fuerza exultante de un tóxico, sacudía su alma y borraba las fronteras permanentes de su humildad subconsciente, el indio de ayer, el que se encerró en su torre de granito la tarde deslumbrante de Camo es, en el fondo de su alma, el hombre inquieto, que despierta, ante el foete del ultraje, y se desbonda, sin frenos y sin diques, a pleno sol, en una como aurora rojamarca, revivía, resurgía destruyendo la solución de continuidad espiritual; y aparecía, como fué, como era, coja de venganza.

Era la reacción, la tremenda reacción del alma prisionera, que sufre el dolor inmisericorde de su cárcel de piedra, que aúlla a la luz, al sentirse engañosamente libre, con la feroz alegría de encontrarse de nuevo, de saberse la misma, de despertarse rebelde.

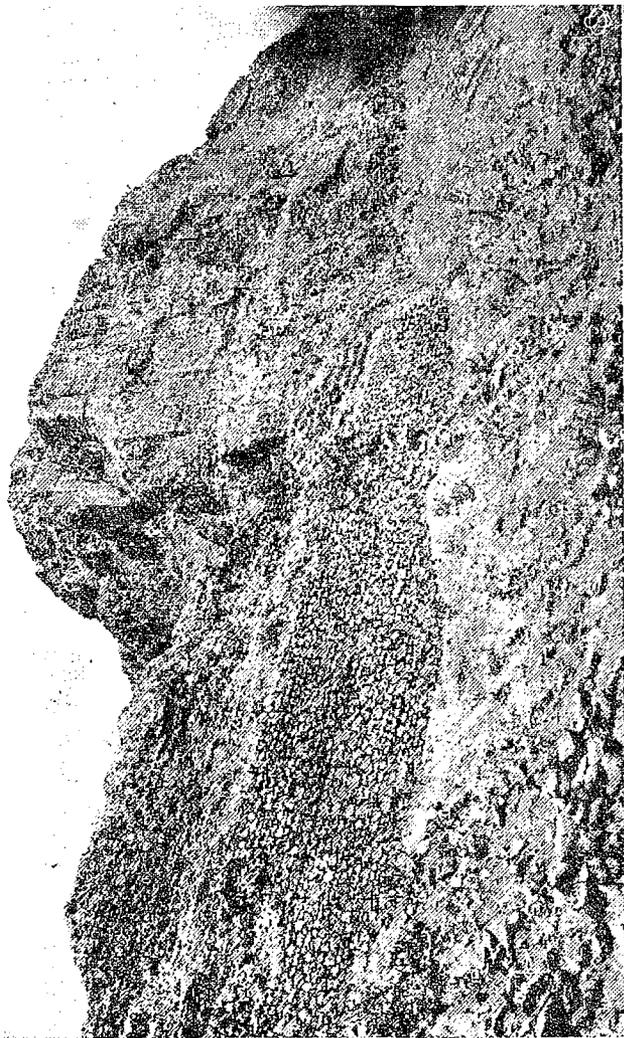
Ahí están, en las páginas borrosas de la historia patria, los gestos cruentos de las huestes de Condorcanqui, en Tungasuca y en Tinta; de Pumacahua, en Puno y la Paz; de Ninavilca y Huavique, en Huarochiri y en Yauyos.

Los largos siglos de esclavitud física y de estancamiento espiritual del indio, que se proyectan dolorosamente hasta hoy, lo mantienen todavía en las lindes de la individualidad. El indio no es una persona, ni social, ni jurídicamente. Le falta el atributo supremo, que el maestro Caso sintetizaba así, en la Universidad de San Marcos, el año 21: la conciencia de sus valores individuales.

Pero, si bien el indio no mereció, durante la teocracia del imperio, ni en el curso del absolutismo colonial, ni aún bajo la égida de la república, la merced inestimable de la cultura que abre y despeja el horizonte espiritual, cabe afirmar que la conciencia de la individualidad indígena es adquisitiva, por educación científica adecuada.

El indio puede llegar a ser una persona social y jurídica, porque merece serlo, presentando a su espíritu nuevos estímulos, para provocar reacciones nuevas. Dentro del organismo sano, no contaminado aún con las desviaciones morbosas de la civilización occidental, cabe el alma sana de las viejas pedagogías.

Si la hosquedad y la desconfianza se han adentrado en su alma, constituyendo la muralla formidable que defiende su alcázar de granito, es porque perdió la fé en



Un castillo en Virú, cerca a Trujillo.

las razas avanzadas, y porque su yo se defiende así, intuitivamente, del ambiente adverso que lo circunda.

El recogimiento suyo, es la reacción defensiva de su alma, frente a la amenaza que gravita sobre él. Y la reacción, ya lo sabemos, es susceptible de derivarse hacia cauces nuevos, ante nuevos estímulos.

Eduquemos aquella conciencia, y habremos obtenido una reacción de cultura, que armonice con la norma social.

La educación no es la aplicación de una medida invariable, de una tasa común, a la orientación de los conciencias, porque cada hombre es un mundo aparte, heterogéneo y misterioso, con tendencia genuina, con función propia. La educación científica significa la orientación de cada conciencia por su cauce propio y peculiar, haciéndola derivar después, por su simple eficiencia, hacia la senda general de la sociedad.

Por consiguiente, si el indio, socialmente, es distinto del resto de la nación, requiere medios propios, sistemas originales, educación especial. El indio necesita pedagogía indígena.

No se trata de utilizar su esfuerzo mecánico, que ya el Estado usufructúa, amplia y fecundamente, en todas las regiones, con la ley vial. No. Se trata de sumar el contingente intelectual y volitivo de toda una raza, de tres millones de hombres, al cauce social del Perú.

Tal el problema de gigantes, cuya solución implicaría el acrecentamiento insospechado de las fuerzas productivas del país.

El indio, que constituye los dos tercios de la población nacional, arrancado, con tipo pedagógico, de la individualidad estéril y perniciosa en que vegeta, podría ser elemento eficiente en la industrialización ganadera del Perú; podría llegar a ser el Perú del porvenir, aumentando apreciablemente el índice de la unidad racial.

Empero, a la trascendencia del problema, hay que restarle la eficacia de los medios y de las fuerzas nacionales, para su solución adecuada. Porque toda la gravedad del problema está, aparte del enfocamiento científico, en la adecuación de los medios, en el descubrimiento del paralelismo bio-psíquico del indio.

El Perú no puede usar el procedimiento impío de exterminio, que constituye la orientación insólita de la civilización yanqui. Los Estados Unidos vieron, en los pieles rojas, una mole, que obstruía la libre expansión de su



Las estupendas ruinas de Marka Wamaj Chuko: el Castillo del Rey. Impresión anterior del ángulo S. E. del edificio.

pueblo hacia la selección biológica. Y cercaron primero la muralla humana, y la destruyeron después.

Pero, destruir no es resolver. Violar una ley natural, no es útil, ni es social. La evolución no es susceptible de adelantarse ni retrasarse, dijo Ingegnieros. Y, los Estados Unidos pretendieron acelerar su evolución social, exterminando al indio aborigen; despreciando una serie de fuerzas humanas, que realizaban una función decisiva en la ética universal.

Los Estados Unidos salieron del campo de la ciencia. Aniquilaron una raza por la violencia. Destruyeron una vida única. Rompieron con el pasado nacionalista. Fueron usurpadores sociales, a nombre de un bárbaro concepto de solución artificial. Fueron delincuentes colectivos, ante la moral humana.

El Perú no puede seguir la corriente destructora del pueblo yanqui. El Perú está ligado a su indio por fuertes vínculos biológicos, sentimentales e históricos. En su vida social hay un alto porcentaje circulatorio de sangre indígena. El problema peruano es problema fraternal. La solución tiene que ser peruana, con tendencia a la ética universal.

Tampoco puede el Perú intentar la aplicación de la forma argentina, aunque la república platense no haya violado una ley sociológica. La renovación social por mezcla, conduce, efectivamente, a la selección biológica, pero destruyendo la unidad étnica.

La república Argentina ha conquistado rápidamente lugar destacado entre los pueblos productores ricos. Pero ha perdido la vinculación espiritual de su raza.

Posiblemente, en el porvenir, cuando una fuerte y suprema armonización humana, ate definitivamente a las sociedades sin fronteras, la solución argentina responda a una magna concepción social. Pero, hoy, que los pueblos debaten todavía cuestiones regionales, el descenso del coeficiente social, no armoniza con el pensamiento ni con la orientación de la hora humana.

Y el Perú no puede adoptar la solución del Plata. La economía peruana no está suficientemente capacitada para abordar el problema inmigratorio. La anfractuosidad de su suelo, la moralidad de sus hombres, y mil factores capitales más, le obstruyen la senda fácil de la Pampa argentina.



Castillo chimú en el Valle de Chicama.

México ha querido orientar la cuestión económica. Ha hecho del problema indígena un problema agrario. Distribuyendo parcelas a sus hermanos indígenas, después de destruir los grandes latifundios, ha enfocado un fenómeno bio-psíquico con prisma económico.

Propiciando la oportunidad indígena de alcanzar medios fáciles de vida, al amparo del Estado, se puede arribar al afianzamiento de la vinculación social menos imperfecta, sin comprometer la unidad étnica.

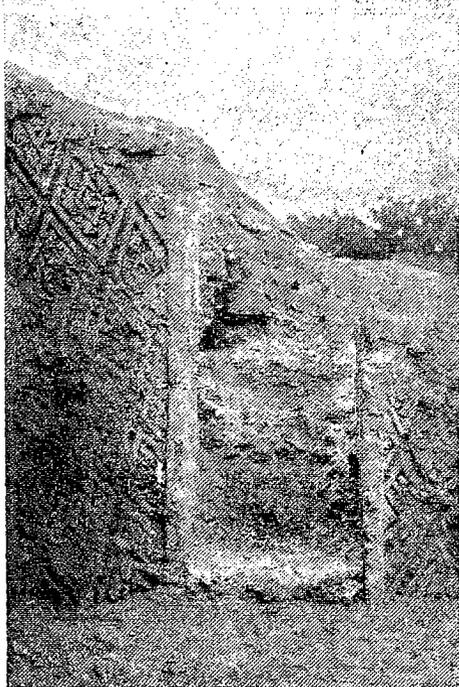
El sistema mexicano, de las escuelas rurales indígenas, sabio por su adecuación a la raza azteca, rebelde y laboriosa, no puede ser aplicado en el Perú. El indio peruano vivió otra vida, en otro ambiente, con otra psicología, y reaccionó de otro modo, en otros días.

La repartición de tierras, reviviendo el comunismo agrario del imperio incásico, no tendría el poder de inquietar el espíritu del indio peruano, inquietud indispensable a la evolución anímica. El indio no siente el amor al trabajo intensivo, porque no ha prendido todavía, en su alma, la antorcha soberana de la aspiración justa.

En el azteca, por su conformación fisiológica, no se produjo el fenómeno psíquico del estancamiento. Su yo verdadero no sufrió la supeditación del yo superficial, impuesto por la fuerza física de la conquistista. En el quechua hubo amurallamiento completo del yo indígena. El azteca mantuvo su orgullo racial. Por eso, la reacción del azteca fué reacción de rebeldía. Por eso, la reacción del quechua fué reacción de aplanamiento y sumisión. El mexicano conservó su soberanía espiritual. El peruano, la enconchó. En el primero hubo permanencia personal. En el segundo, ocultamiento. El uno triunfó sobre el ambiente artificial y exótico. El otro sufrió la terrible adaptación del renunciamento.

Por eso, el sistema mexicano, grande allá, sería un infructuoso sistema aquí.

Otro país de América, hermano del Perú, en el dolor infinito de la injusticia de ayer; pueblo de héroes, que tuvo el raro privilegio de sintetizar en un hombre gigantesco, todas las altiveces y gallardías de su raza; pueblo inmortal, que se fundió en un solo haz de heroísmo, en la hora suprema de la defensa del derecho; pueblo, que es un blasón de América liberal, en cuyos campos fecundos, cada quebracho florece en una sonrisa, la última sonrisa, eternamente rediviva, del último héroe del 70, caído, jun-



Detalles del Palacio del Gran Chimú, en Chanchán.

to a Solano López, en la hecatombe soberbia de Cerro Ce-
rá. Pueblo de heroísmo legendario, que resucita de las ce-
nizas de su fénix tutelar; el Paraguay, el gran pueblo
mártir, que tiene en su laborioso guaraní, el caudal sano
de su porvenir, se apresta también a resolver su problema
social.

El doctor Isidro Ramírez, jefe de los Colorados pa-
raguayos, personalidad múltiple, en una hermosa diser-
tación, veía, en 1924, en la subdivisión agraria y en la
inmigración las dos palancas formidables del renacimien-
to robusto de su patria. Pero, estos medios, seguramente
superiores en el pueblo heroico, no pueden, como lo he ex-
presado ya, ser aplicados en el Perú.

Tampoco pueden ser utilizados, en el Perú, los mo-
dernos procedimientos colonizadores de las grandes po-
tencias europeas en el continente africano.

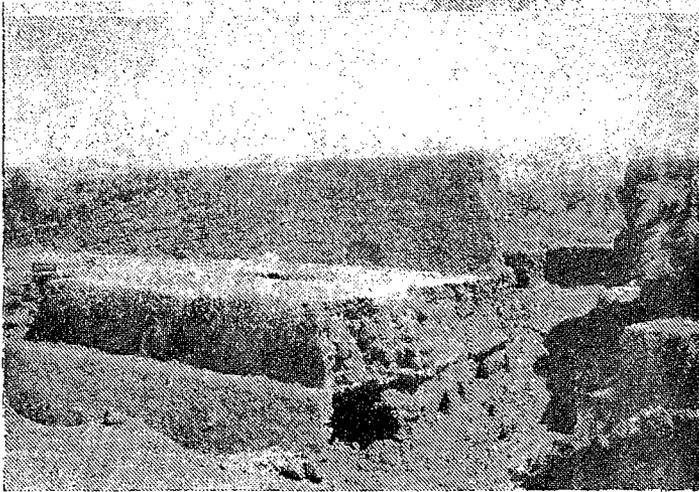
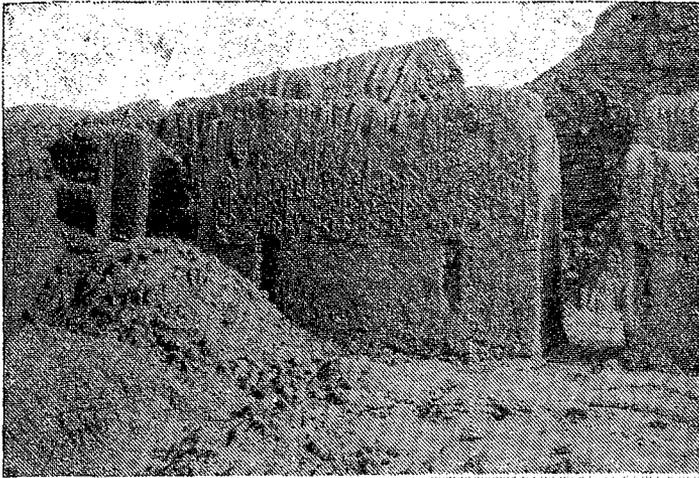
La Gran Bretaña, en Egipto, en Sur Africa, en Su-
dán, etc; Francia, en Senegal, Argelia, Madagascar, Zan-
zibar y Senegambia; Bélgica y Portugal en el Congo; Ita-
lia en la Semalia, Cirenaica y Eritrea; y también los Es-
tados Unidos en Filipinas, Puerto Rico, Panamá y Ha-
wai, están usando un sistema sanitario, para llegar a re-
solver el problema, biológicamente, pero con trascenden-
cia industrial.

El dispensario y la escuela son los instrumentos de
evolución social del aborígen africano, como las estacio-
nes experimentales lo son para combatir las plagas ve-
getales e intensificar el rendimiento de la tierra.

Es un método nuevo de explotación humana, con to-
das las apariencias de una ética social. Sólo que esta ex-
plotación tiene derivaciones fecundas hacia la personali-
dad de la raza sometida.

Pero, tal sistema, que ha de rendir un apreciable coe-
ficiente en Africa, sería ineficaz en el Perú indígena. Por-
que los negros africanos son campo yermo, que no pade-
ció la tremenda invasión de las malezas, en la infancia
de su vida espiritual. Los negros han evolucionado, muy
lentamente, es verdad, pero sin sufrir la acción desvigo-
rizante del ocultamiento.

En cambio, el indio, sin asimilar las bellezas de la nue-
va civilización, tomó, de ella, las sendas oblicuas, las en-
crucijadas tenebrosas que podían conducirle a la estéril
redivisión de su yo enclaustrado. El indio sólo gustó de
la vida occidental, los placeres exultantes, porque sólo,



Otros detalles del Palacio del Gran Chimú

en el opacamiento transitorio de la subconciencia, sumisa, descubría su yo rebelde encastillado; su yo profundo encarcelado en la infancia, por la injusticia de la vida colonial; su alma triste, que despierta en un instante de embriaguez, para reír, y ocultarse de nuevo.

Por eso, el medio que se utilice, en el Perú, ha de ser adecuado al ambiente y ha de tener el poder de contrarrestar la acción inevitable que el triste pasado hace gravitar sobre su incipiente conciencia.

El problema fundamental del indio peruano se torna, así, eminentemente nacional. Hay que hacer labor de readaptación indígena; borrar el doloroso paréntesis subconsciente, para despertar su yo, como en un cuento de hadas, en el momento mismo de su remoto enclaustramiento. Que su yo profundo, al resurgir, encuentre libre la zona maldada que ocupó su yo superficial, durante cuatro siglos.

La obra es, por eso, psico-pedagógica. Pero, requiere, sustantivamente, una gran dosis de amor en los educadores indígenas, como complemento de su capacidad pedagógica.

La sugestión del amor tiene, sobre cualquiera otra medida educativa, la ventaja soberana de estimular el espíritu a entregarse, libremente, a la dulce fruición de saber, de aspirar a saber, asfixiando el recelo instintivo de sentirse inferior.

Y, el amor al indio, sólo puede sentirlo intensamente, un espíritu homogéneo al suyo, que haya sacudido ya, en su conciencia, por virtud de un esfuerzo gigantesco, la mole agobiante de sus viejas quimeras fugitivas.

Y el indio sólo podrá tener reacciones de amor, para el maestro indio. Porque el afecto es comunión de espíritus, fusión de almas, identificación de corazones. Porque la naturaleza sólo funde, en un mismo crisol, lo semejante.

Sólo el indio puede regenerar al indio. La fraternidad en el dolor de ayer; la semejanza del esfuerzo ejecutado en el amargo ascenso hacia el despertar de su alma; y la filiación racial común, armonizan con la nobleza de la función por realizar.

Recíprocamente, el indio puede admitir la regeneración por el indio, porque se ha adentrado tanto, en su alma, la desconfianza hacia las razas de occidente, que, únicamente sus hermanos en el dolor, pueden operar el

milagro de abrir nuevamente sus espíritus a la fé y al amor.

Un día, ya lejano, cuando los sabios de la Universidad de Salamanca discutían, con calor y con ahinco, si los indios de América podían merecer el privilegio de ser considerados súbditos de Carlos V, en vez de esclavos conquistados, un hombre, magnífico, de alma inmaculada, quiso reforzar sus argumentos, de defensa de la raza americana, pidiendo la merced de someter a los indomables aborígenes de Tuzutlán y Cobán, provincias inconquistables de Guatemala.

Y Fray Bartolomé de las Casas, con los padres Augulo y Cáncer, penetró en las regiones abruptas de Centro América. Vertió la Biblia al idioma musical de Homero, y, por la fuerza sugestiva de la armonía, convirtió a los indómitos guatemaltecos en súbditos voluntarios del gran rey.

Lo que no habían podido los fusiles, ni el arrojado aventurero, lo alcanzaron, en dos años, la fé y el amor del espíritu más grande de las Españas conquistadoras.

Y es que Las Casas había comprobado ya, varios años antes, en la La Española, la eficiencia de la dulzura en la sumisión indígena. El indomable Enriquillo, desbaratador de expediciones, invencible e invicto, fué conducido, de la mano, como manso y dócil civilizado, a la Real Audiencia de La Española.

Si, hace más de cuatro siglos, hombres de razas heterogéneas, lograron asomarse a la conciencia de los indios altivos de la célebre Tierra de Guerra, hoy, las posibilidades se acrecientan, con los métodos científicos mundiales.

En las vecindades del Imperio Celeste, una raza milenaria, orgullosa de recibir, la primera, los destellos del Sol Naciente, laboraba, desorbitadamente, en el más tenaz aislamiento. Pero sus pensadores insinuaron, un día, un plan magistral, para provocar el desarrollo eficiente de la conciencia imperial, manteniendo, al mismo tiempo, celosamente, la unidad racial.

Y la juventud del Japón invadió el mundo científico europeo, captando el pensamiento del siglo. Veinte años después, el gran pueblo del Sol en el Oriente, adquirió, en forma sorpresiva y violenta, la hegemonía asiática,

incorporándose, como potencia política y cultural, al concierto universal.

Pero, el Japón era un pueblo que reaccionaba espontáneamente, sin tener que sacudir el horrendo fardo de la supeditación de su conciencia. Por eso, su evolución sorpresiva. Por eso, su violento despertar.

En el Perú, el problema sufre la interposición fatal del ambiente. La desigualdad insalvable de las circunstancias, actúa irremediablemente sobre los resultados. La falta clamorosa de justicia histórica, no ha podido lograr la estabilización del mérito. La política nefanda, interponiéndose a los mejores ideales, no ha propiciado el triunfo de los más aptos. La selección sociológica ha sido capciosamente derivada hacia la selección política. Por esto, la solución sabia del Japón, sería especiosa y exótica en el Perú.

Y aunque el clamor persistente, que llega a la Sultana del Rímac, surgido de los grandes centros provinciales, es una realidad abrumadora; aunque el hondo fervor de las innumerables sociedades indígenas, de protección y de cultura, flota, nítidamente, en el ambiente; aunque la necesidad nacional apremiante de intensificar la población, está propiciando una corriente benéfica, preparatoria de la gran solución; y aunque este índice de elementos sanos, plenos de intención bienhechora hacia el indio, es el primer gran factor de la evolución espiritual de la raza peruana, la solución del problema no puede ser instantánea. La labor es ardua y penosa. Sólo estamos en aptitud de sembrar hoy, para que la recolección jugosa la realice el porvenir.

Con los elementos actuales, no es fácil arrojar, en el sureo, la simiente fecunda. El Perú no tiene educadores todavía. La misma raza selecta, se mueve y agita en las lindes de la desorientación individualista. Los más altos valores nacionales, los que viven cultivando, con fervor, su huerto amado, hubieron de edificar, penosa y tristemente, grano por grano, en la soledad y el aislamiento, su informe palacio de marfil.

Acudiendo, un día, a las canteras lejanas de la Francia, y, otro, a los porfídeos exóticos de Sajonia o de Germania, el peruano selecto no ha podido hallar, en su propio suelo, las facetas brillantes de su personalidad.

Recogido, a la distancia, el haz luminoso, no ha logrado despejar la densa bruma de la individualidad nacional

hereditaria. El peruano selecto ha sido un receptáculo admirable para la onda educatriz captada en la lejanía. Pero, no ha adquirido aún el poder formidable de las grandes estaciones trasmisoras.

Y, si los que pudieran adiestrar, en la obra gigantesca, a los indios maestros, no han hallado todavía, para sí, el norte orientador, sería ilusorio imaginar que la gran solución indígena avanza hacia la meta.

Las grandes construcciones científicas, hay que iniciarlas, desde los cimientos, con material definitivo e inamovible. Y el Perú no tiene las materias primas todavía.

Pero, esto no significa que abandonemos la labor y que derivemos el esfuerzo hacia otros senderos. No. Es preciso coadyuvar a la obra de bien; dar nuestro contingente de pensamiento orientador de la acción; porque la educación del indio no es una simple función munificente del Estado, sino un imperativo categórico nacional.

Hay que prevenirse, por lo mismo, del mal que pudiera derivarse de un empleo desatinado de los métodos pedagógicos universales. Porque, si la educación científica haría del indio una verdadera personalidad, disipando para siempre la densa niebla del ancestro, alumbrando el orto de su evolución; la simple instrucción sería fatal para la raza y para la sociedad.

Hoy, el indio, medianamente instruido, realiza, en ciertas provincias, con habilidad y astucia refinadas, perniciosa labor. El tinterillaje sermano y las luchas encarnizadas de las comunidades indígenas, son reflejos pálidos de la grave disociación que produciría la unilateralidad de la cultura en el indio.

La propensión al menosprecio y explotación de sus hermanos inferiores, observada, en el indio de Huánuco, por López Albújar, en su calidad de juez de aquella región, es el desquite placentero, la reacción fructuosa del alma prisionera, que despierta en el crepúsculo gris de una nueva vida.

El espíritu es sustantivamente dinámico. Su ley primaria es la renovación; su principio esencial, el movimiento ascendente.

Sólo en su primera alborada, puede sufrir el dolor acerbo del enclaustramiento. Pero, cuando, por esfuerzo intelectual, llega a tener conciencia de su estancamiento

injusto, aparece su dinamismo ingénito, y se proyecta, sin órbita, contra la tiranía opresora.

Es el mismo fenómeno de la nebulosa de Laplace, vagando por el mundo sideral, en estado incandescente. A la primera solidificación superficial, producida por enfriamiento, surge el desequilibrio cósmico. Desequilibrio que imprime movimiento a la masa. Movimiento que se acelera brevemente, que se fija, al fin, en el vacío interplanetario, y que llega a constituir remotamente, por sutilización, imperfecta todavía, el espíritu del hombre.

Asistamos, por eso, con gran tino, al despertar estruendoso de la conciencia indígena. Regulemos su movimiento evolutivo. No dejemos que la llama del conocimiento penetre en zonas inflamables, sin expulsar antes las sustancias combustibles. Preparemos el ambiente. Demos, primero, al indio, una legislación adecuada a su categoría humana, como se le dió la sabia legislación de Indias. Otorguémosle jueces propios que sean capaces de inquirir, en su alma primitiva, las paipitaciones genuinas de su vida interior.

Todo hombre, por incipiente que sea su estado de conciencia, responde a la excelcitud de la justicia. La reacción anímica ante lo justo, es la prueba magna de la humanidad del hombre. Por eso, la fuerza avasalladora de todas las religiones. Por eso, los vínculos formidables de la moral en las sociedades modernas.

Demos la ley indiana, pero emanada del indio mejor, cuando sepamos que ha de ser aplicada. Concedámosle el privilegio legal de darle jueces indios, y habremos preparado el ambiente para su evolución espiritual.

El indio no es una persona, dije ya, porque no tiene conciencia de su individualidad. Y, si la ley rige sólo para las personas, la ley social no debe alcanzar al indio. Entonces, otorguémosle su propia ley; que la legislación indígena hará barnizar, en su alma, la enorme desconfianza hereditaria en la justicia de los otros hombres.

Arrancar la hosquedad indígena, significaría rozar las malezas, antes de arrojar el grano en el campo inculto. Limpiar el terreno es acrecentar las cosechas. Extirpar la desconfianza, en el alma del indio, es preparar su evolución perfecta.

Y sólo la justicia puede realizar la grave función elemental. Porque la aspiración de la justicia es el primer vínculo sociológico que ata al hombre a la sociedad. Por-

que la justicia despierta la inquietud espiritual del hombre, como la higiene estimula las defensas orgánicas. Porque la inquietud es la ley de la conciencia. Conciencia inquieta es conciencia que avanza. Avanzar es evolucionar.

Dos experiencias célebres confirman esta tesis. Dos indígenas de Puno, Mariano y Fabián, convertidos en artistas connotados, en los Estados Unidos, debido a la acción educadora y munificente de un pintor nacional, dato consignado en el interesante artículo (1), aparecido en los principales diarios de Lima, del señor don Rafael Larco Herrera; y la obra justa realizada por la Negociación "Chiclín", en el Valle de Chicama.

El indio recibió allí, según el propio ejecutor de la obra, trato humano y justiciero, y despertó brevemente a la acción munificente. El espíritu de justicia, que llevó al señor Larco Herrera a respetar el derecho de los humildes, borró las fronderas de la subconciencia indígena; descaujó las malezas, y provocó el resurgimiento lozano del gran espíritu estancado.

El gran problema indígena, como se vé, ha sido superior a las fuerzas de la nación. Por eso, el Perú no pudo resolverlo, a despecho de las mejores intenciones políticas de sus gobernantes, desde el poder oropelesco de la raza, el gran Mariscal Castilla.

Empero, una legislación especial y penal, tan grande como la de las viejas partidas, de Alfonso el Sabio; bien meditada, que tendiera a facilitar el desarrollo del sentido de la propiedad, librando de todo gravamen a la población indígena; con suavidad en la sanción; una distribución departamental, con régimen becario, de escuelas agrícolas, exclusivamente indígenas; y un dispensario en cada provincia, podrían ser ensayados con saludables resultados, mientras se acerca el instante de la educación.

No se me ocultan las objeciones que han de fluir al simple enunciado de mi tesis. Pero, no pretendo decir la última palabra en tan compleja cuestión social. Mañana vendrán otros que enfoquen el gran problema y den la clave solucionadora.

(1) — El artículo a que el señor doctor Valega se refiere es el mismo que aparece, también, en este opúsculo.

Si la humanidad marcha, por senda inamovible; si la evolución social no puede ser alterada, positiva ni negativamente, el problema indígena es problema de la humanidad, y no problema peruano.

Así lo explica el auge relativo que está adquiriendo la agricultura de las comunidades indígenas de Canta, a la simple apertura de las vías fáciles de comunicación con la Capital. Pero, el progreso industrial, el avance en la recta de la producción nacional, es el mero aspecto económico de raigambre egoísta, en el problema indígena.

Debemos ir más lejos todavía. Si la raza indiana "forma la realidad pobladora del Perú", como insinuaba el médico filósofo peruano, Carlos Enrique Paz Soldán; si ella "es el único capital con que podemos contemplar las eventualidades del futuro nacional"; si "de su desenvolvimiento, de su cultura, de sus actos cívicos, dependerá el porvenir del país"; el problema indígena tiene proyecciones humanas, por sobre su actualidad nacionalista.

Al complejo social le interesa fundamentalmente la incorporación de la raza indiana, no sólo a la vida del trabajo fecundo, sino a la producción del espíritu. El indio ha postergado, no por su culpa, la dación de su contingente intelectual y volitivo al acervo universal. Y, la postergación indiana, ha reflejado sobre el Perú entero.

El Perú es un suelo sin hombres, porque no se ha incorporado todavía a la gran corriente evolutiva mundial. "Es el imperio dilatado de la soledad lo que el Perú ofrece", dice Paz Soldán. Y la soledad es, o el signo distintivo del egoísmo máximo, o el estado inicial de los pueblos estancados.

Por eso, la suprema obligación del momento peruano, es cumplir, individualmente, nuestro deber. Y el deber máximo de Pascal es hablar la verdad. Decir nuestra verdad. Proyectar nuestra energía de pensamiento, desde la reina sensitiva del Rímac, hacia los Andes, para que, rebotando, de puna en puna, su eco descienda a las laderas y quebradas indígenas, y prenda la antorcha de la quietud en la inmensa grey dormida.

Digamos nuestra verdad, con fé y con amor. Con fé en el porvenir de la nación unificadora. Con amor a la raza triunfadora de ayer.

José M. VALEGA.

Lima, Noviembre de MCMXXVII

RAFAEL LARCO H.
De la Sociedad de Americanistas
de Paris

EL PROBLEMA DEL INDIO

(Artículo publicado en los diarios de Lima
el 12 de Junio de 1927)

El problema del indio



E aquí cuatro palabras que un buen peruano no puede pronunciar sin sentir hondamente amargado su espíritu.

Porque sabe que en el segundo siglo de la independencia nacional, *el problema del indio* conserva todos los caracteres de gravedad que revestía cuando lo heredó la república.

Hay, sí, al presente, más voluntad que ayer para solucionarlo, y esto permite esperar con fé el porvenir.

El anhelo por mejorar la situación del aborigen, de acuerdo con las exigencias de la justicia y el interés de la nacionalidad, va generalizándose, y comienza a arraigarse en la conciencia de las pocas gentes que en el Perú se preocupan de veras con los asuntos públicos.

Fomentar ese anhelo; contribuir a encauzarlo con acierto y a que se genere la unidad de pensamiento y acción que ha de convertirlo en realidad, es, pues, un gran deber de la hora presente, que yo voy a procurar cumplir en estas líneas.

Nada nuevo voy a decir en ellas, sino a repetir mucho de lo que todos conocemos. Pero creo que a fuerza de repetirlo y de agregar cada cual lo que su experiencia le dicte, se impondrá la persuasión de que, si es grave la enfermedad del indio, y son muy graves los trastornos que ella produce en el organismo nacional, está diagnosticada desde hace mucho tiempo, y no es obra de magos ni de genios la de indicar los métodos que han de curarla, aunque sí son necesarias mucha honradez, constancia y energía para que esos métodos produzcan toda su eficacia.

El esfuerzo de investigadores y cronistas, rompiendo las tinieblas de la prehistoria, nos ha hecho conocer parte de la vida que se desarrolló antes del descubrimiento de América, en el territorio que hoy se llama Perú y que

entonces estaba dividido en varios reinos, que, después de alcanzar gran extensión y prosperidad, fueron invadidos y dominados por los Incas, quienes llevaron sus estandartes victoriosos y la civilización keshua que fundaron, por el norte hasta Quito y por el Sur hasta la región Diaguita y la Araucanía.

¿Qué influencia ejerció en el indio este primer período de la vida nacional?

El de la costa, es decir, el yunga,⁴ habitante de los países cálidos, influenciado por la maravillosa civilización maya, realizó obras sorprendentes en agricultura, arquitectura, irrigación y bellas artes. Entre esas obras, exponentes irrecusables de avanzada cultura, pueden citarse la magnífica fortaleza de Paramonga, los palacios y adoratorios de los valles de Virú, Chicama, Pacasmayo y Chiclayo, y la gran urbe conocida con el nombre de Chanchán, cuyo trazo nada tiene que envidiar al de las ciudades modernas, como lo deja ver una de las fotografías aéreas que en este folleto se reproducen.

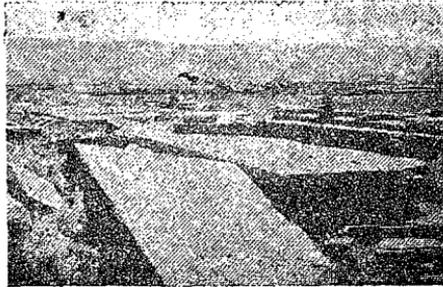
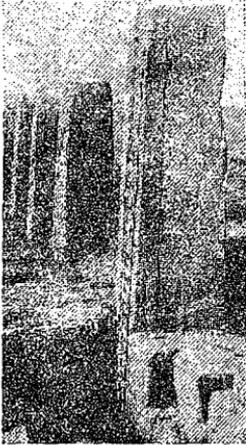
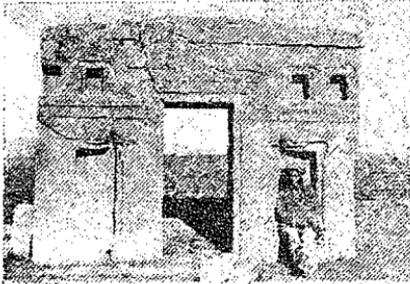
Dedicado a la pesca, actuando en los distintos campos de labor que quedan señalados, y guerrero también durante algunos siglos, el yunga fué un tipo de hombre fuerte y bien constituido; pero su espíritu estuvo siempre avasallado por la férrea mano de los Régulos, quienes, sujetándole dentro de moldes estrechísimos, se sirvieron de él para llevar a cabo formidables empresas, no inferiores, por cierto, a las que ejecutaron otros países en aquellos tiempos. Así, cuando los sucesores de Manco Capac se erigieron en amos de la Costa, hallaron en los yungas un pueblo acostumbrado a la obediencia y convencido de que no era otro su destino.

El hombre de los Andes peruanos no llegó a ser tampoco un tipo de energía fiera e indómita.

La multitud de dominios andinos que llevaron a cabo obras admirables en Cajamarca, Chavín, Sacahuamán, Ollantaytambo, etc., culminaron en la poderosa civilización Keshua, cuyas conquistas y organización social son bien conocidas, y produjeron un ejemplar humano paciente y recio, sobrio y sano de corazón, pero sin voluntad propia. El súbdito de los Incas conoció, y amó quizás, el deber de cumplir las órdenes de sus señores con entera humildad; pero de sus propios derechos, y de la necesidad de defenderlos, nada supo jamás.

Y llegó la conquista.

El puñado de españoles que, sedientos de oro y aventuras, se decidieron a surcar el misterioso mar del Sur e hicieron irrupción en los dominios de Atahualpa, se convirtieron, rápida y fácilmente, en amos de un inmenso territorio y de los millones de indios que en él vivían,



La monumental portada de Acapana, Bolivia. Ruina Tiawanaku.

Otro aspecto de la misma portada, que fué destruída por un rayo.

Lo que ahora subsiste de lo que fué, ayer, templo magnífico. Enormes piedras, admirablemente pulimentadas, con que los indios erigían sus construcciones.

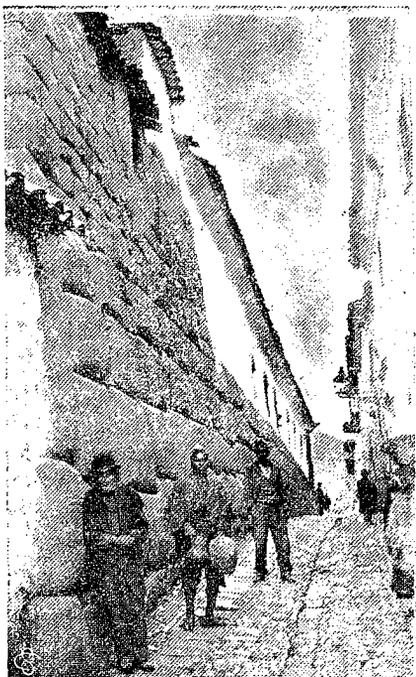
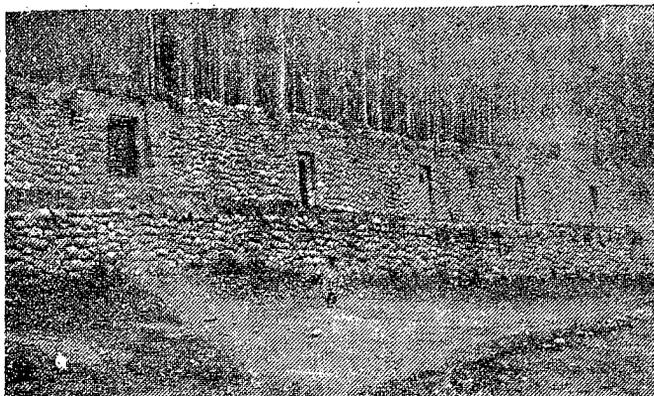
porque la absoluta sumisión de éstos al Inca produjo tal resultado. Al ver aprisionado a su rey y señor, se llenaron de espanto. Cuando le vieron muerto en el cadalso, se creyeron irremisiblemente destinados a víctimas de los terribles extranjeros que a tanto se habían atrevido.

La época de la colonia se inició con el abandono y destrucción de las grandes obras que el indio llevó a cabo para la prosperidad de sus industrias más nobles, y los nuevos dueños de este suelo se apresuraron a convertir en barras de oro y plata las preciosas obras artísticas acumuladas durante siglos por los antiguos habitantes del Perú.

Desde entonces, hasta el advenimiento de la república, el indio fué explotado sin tregua ni misericordia en campos y minas. Se le trató como animal de carga, y se le hizo víctima de las mayores injusticias y los más crueles sufrimientos, a pesar de las bien encaminadas disposiciones dictadas en su favor por algunos monarcas españoles, y de la calurosa defensa que hicieron de él muchos espíritus nobles de la Península. Entre aquellas disposiciones, se puede citar una Orden Real de Felipe II, que dice textualmente: "TÍTULO OCTAVO: —Que los pleitos de indios se determinen sumariamente. Mandamos que el dicho presidente e oidores, tengan mucho cuidado de no dar lugar, que en los pleitos entre los indios, o con ellos, se hagan procesos ordinarios ni haya cargo, sino que claramente sean determinados guardando sus usos y costumbres, no siendo claramente injusto. Y los dichos nuestros oidores tengan cuidado, que esto mismo, se guarde por los jueces inferiores."

Sometida a tan despiadado régimen, y teniendo que soportar también el flajelo de las guerras civiles, la población autóctona fué materialmente diezmada, y casi aniquilada en espíritu, durante el coloniaje. Y de este modo, cuando la opresión extranjera llegó a su fin, el pueblo del Perú, en sus nueve décimas partes, era una gran multitud resignada a la servidumbre, incapaz de aspirar a una vida más acorde con la dignidad humana, e indiferente a los intereses de la patria, con la cual no tenía, en realidad, vínculo alguno.

La república no pudo remediar tamaños males: A la sombra del gorro frigio, el indio siguió siendo tan ex-



**Ruinas del palacio Inkaico de Kollkampata.
Una calle del Cuzco, como es ahora.**

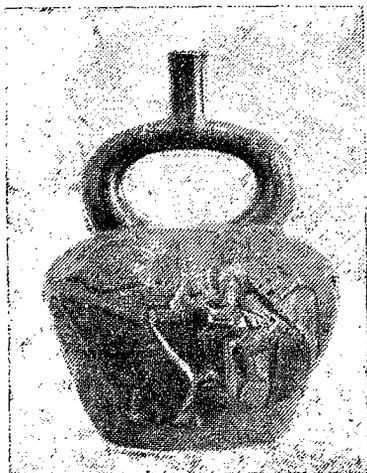
plotado y despreciado como bajo la bota de los virreyes. Los caudillos de la patria libre pensaron de tarde en tarde en él, desde el libertador Simón Bolívar, que conoció y se propuso remediar algunas de sus mas duras cuítas, hasta los que anunciaron, desde el poder, su devoción al indio sólo por vía de reclamo y por halagar su propia vanidad. Mas no llegó a elaborarse plan alguno de sabia orientación y de verdadera justicia en favor de los oprimidos, y el peso de diez siglos de avasallamiento y torturas, acabó por cerrar el alma de las víctimas a toda esperanza de redención y a toda simpatía por los hombres y las cosas extrañas a su vida.

Pero no está cerrada para siempre.

Los hombres que cultivaron amorosamente la tierra peruana, desde el borde del mar, en primorosos surcos le forma de caracol, hasta la cumbre fértil de los Andes; aquellos que aprovecharon, muchísimo más que lo que se aprovechan hoy, las aguas de nuestros ríos, haciendo sifones en la roca viva, enormes acequias que parecen trazadas con teodolito o nivel, espléndidos andenes en las faldas de los cerros, represas en todas las cuencas fluviales y lagunas en las cimas; los que cultivaron en gran escala el maíz, la papa y el algodón; que surcaron de amplios caminos toda la América del Sur; que construyeron templos monumentales, imponentes fortalezas, y palacios de piedra y tierra; los que han dejado impresos su vida y su espíritu en cerámicas maravillosas, ante las cuales los hombres de ciencia se emocionan y expresan en cálidas palabras su entusiasmo; los que tejieron telas inigualadas por la posteridad en color y técnica, que fueron verdaderos artífices en orfebrería, y que llevaron sus leyes, su religión y sus costumbres, a través de una gran parte del continente suramericano, no han muerto para el progreso, y son capaces de revivir todavía su glorioso pasado, si un puñado de hombres de corazón se esfuerzan, con tenacidad y energía, en educarlos en escuela de moral y razón, de modo que puedan laborar su propio bienestar, al mismo tiempo que el de sus hogares y su patria.

Aún dentro de la deficientemente organizada industria nacional, dan pruebas numerosas y frecuentes de su habilidad innata y de su aptitud para asimilar la civilización actual, siempre que se les dispensa el beneficio de

la educación. Hay innumerables ejemplos de ello, y me voy a permitir referir uno. Un ilustre pintor peruano residente en los Estados Unidos, solicitó, hace años, dos indiecitos para educarlos allá. Fabián y Mariano fueron los elegidos en una hacienda de Puno, y, una vez en la gran República, ingresaron a uno de los mejores establecimientos educativos de ese país, donde se distinguieron



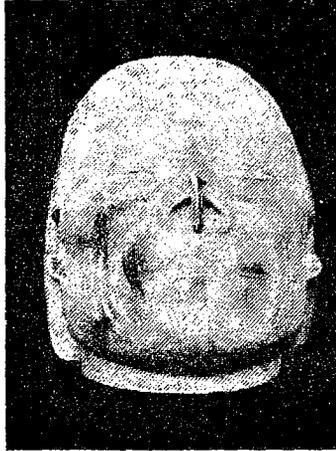
Tres admirables vasos, con dibujos simbólicos, que demuestran hasta qué punto dominaron los antiguos indios la cerámica.

muy pronto, llegando a ser capitanes de sus respectivos teams, y, después de brillantes estudios, uno es hoy distinguido pintor, y el otro prestigioso músico y un gran filántropo.

Nó, no tienen razón quienes condenan con frases despectivas, y hasta juzgan digna de exterminio, llamándola factor negativo del progreso nacional, a una raza que asombra a los hombres de ciencia por los exponentes de su antigua civilización, y por la vitalidad e inteligencia natural, que ha conservado hasta ahora, a pesar del ambiente en que ha vivido y todavía vive. ¡Los enemigos del indio padecen una extravía increíble! ¿Qué sería del Perú sin esa raza que colabora, silenciosamente, en todas las industrias, y cuyos hombres luchan y mueren en todas nuestras guerras por la patria que tan esquiva es con ellos? ¿Con qué elementos se defendería y prosperaría el país? ¿Habrá otra raza capaz de adaptarse a nuestro medio en plazo y modo que nos permita salvar la nacionalidad, más seriamente amenazada de lo que generalmente se cree, porque no sólo conspiran contra ella la codicia y el odio de naciones vecinas, sino también la invasión pacífica extranjera, que se está apoderando de todas las riquezas peruanas?

Yo creo firmemente, por la experiencia adquirida en muchos años de labor, que el Perú tiene en su población indígena el más potente y seguro factor de adelanto y de bienestar, y que sólo necesita educarla y orientarla debidamente, para aprovechar sus excelentes cualidades.

No niego, con esto, la conveniencia de mejorar las condiciones étnicas del pueblo por medio de la inmigración. Pero, ¿está el país en aptitud de recibirla? Se ha hecho algo serio para ello? ¿No han fracasado todos los ensayos realizados hasta ahora en tal sentido? En mi concepto, la inmigración no se produce artificialmente. El hombre va donde más le conviene ir, sea por razones de clima, de distancia, o de interés industrial. Porqué ha de abandonar el inmigrante la ruta que le lleva a Norte América o a la República Argentina, donde existen organizaciones perfectas para recibirle, e inclinarse al Perú, donde todo está por hacer y donde apenas se inician las campañas de salubridad pública? Hace algunos años que Chile consignó una partida en su presupuesto para fomentar la inmigración europea, y los inmigrantes comenzaron a llegar a ese país, atraídos por las facilidades



Los indios eran hábiles alfareros y psicólogos más hábiles todavía. Lo están diciendo estos tres vasos-retratos, que son otros tantos aciertos artísticos y de interpretación.

que se les brindaba; pero, poco después, se trasladaban a la Argentina, para desarrollar mejor allí sus actividades, y al fin en las cámaras chilenas se anuló la partida presupuestal que estaba produciendo tan inesperados resultados.

El Perú posee un ancho campo para la inmigración; pero, a la vez, tiene que realizar un gran trabajo para atraerla con resultados positivos, y hoy no cuenta con hombres preparados ni medios para ello. Debe, pues, esforzarse para poner a las multitudes aborígenes en aptitud de servir al desarrollo de sus riquezas y energías espirituales. Después podrá abrir sus puertas a las multitudes de fuera. Y aquí voy a permitirte citar, en apoyo de esta tesis, las palabras de un ilustre ex-rector de la Universidad de Buenos Aires, pronunciadas al conocer mi opinión sobre la raza autóctona peruana: "Efectivamente, ustedes tienen en ese elemento -la raza aborígen- una gran base, para preparar el terreno y recibir, más tarde, la inmigración europea".

Poseemos en el indio una pasta humana suave y dúctil, con un organismo apto para toda clase de trabajos y actividades; y aunque no fuera por amor a él ni por sentimientos de justicia, sino para aprovechar ventajosamente su concurso, para salir, con él, de la vida languideciente en que nos debatimos, y de los peligros que amenazan nuestra nacionalidad, deberíamos darle la mano y levantarlo de la postración en que yace.

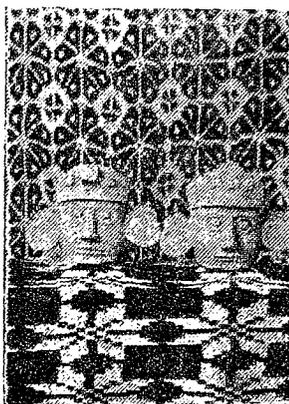
Pero ¿cuáles son los medios que conviene emplear para llegar a ese resultado? ¿Cómo hemos de proceder para incorporar al elemento indígena en cuerpo y espíritu a la vida nacional?

Responder a estas preguntas, según las enseñanzas que he recogido en el campo del trabajo y de la observación, acerca del obrero indígena, es lo que me propongo en estas líneas, dictadas por vivísimo deseo de contribuir, modestamente, a orientar la discusión en que están empeñados distinguidos intelectuales peruanos, quienes proclaman ardorosamente la necesidad de salvar a la raza autóctona, pero, a veces, con un criterio que tiende a dividir esfuerzos que sólo podrán triunfar juntos; con un apasionamiento que puede crear entre la Costa y la Sierra un antagonismo que no tiene razón de ser y que, si se produjera, sería desastroso para la nacionalidad.

A mi juicio, son tres los puntos primordiales del programa que es preciso poner en práctica para convertir a la masa indígena en fuerza viva del país:

- a) — Escuelas especiales;
- b) — Distribución de tierras;
- c) — Buenas autoridades, y labor ciudadana eficiente para impedir toda clase de abusos.

No cabe duda de que el elemento indígena es fácilmente adaptable a una vida honesta y laboriosa, como lo prueban los frutos que ha comenzando a cosechar la Mi-



Un gigantesco monolito Tiawanaku.

Perfil de una de las cabezas.

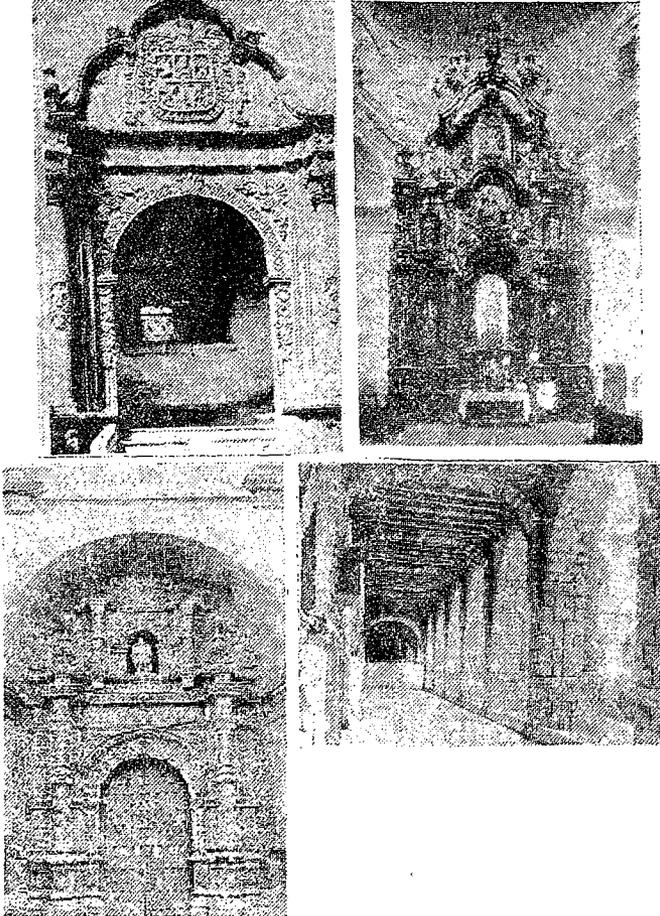
Cabezas de orejones encontradas en Marka Wamaj Chuko, esculpidas en piedra.

sión Evangélica en el Altiplano, desarrollando, no sólo en el niño sino también en el adulto, un vivo interés por prosperar y ser más digno, hasta el punto de que hoy salen del mismo pueblo indígena sus propios maestros. Las escuelas Normales que en el Perú existen, deberían, pues, preparar preceptores elementales especiales, capaces de suministrar al indio lecciones eficaces de higiene, moral y cultura, y nociones suficientes de agricultura, ganadería y minería, como también de las industrias adaptables al medio. Así, nuestro aborigen se convertiría en el gran factor de producción que el país necesita, y en elemento eficiente de moralidad y de civismo. Dentro de la indolencia en que hoy vivimos, el trabajador indígena produce como uno, por la ignorancia y la miseria en que se halla; mientras que en otros países el obrero produce como diez, porque se le ha preparado para que rinda los frutos de su inteligencia, debidamente cultivada, en los distintos campos de la actividad humana, valiéndose de los sistemas y las máquinas más recientes y eficaces.

Pero hay también que decir que, mientras la juventud nacional de ciertas condiciones, que debería ser guía del pueblo, se orienta en el campo literario, o corre a las facultades que otorgan títulos valederos en el campo político, en la gran Nación del norte se educa al joven de modo que pueda bastarse a sí mismo, honradamente, y ser, a la vez, factor de prosperidad pública; y hombres humildes toman un curso de seis semanas, para poder desarrollar sus aptitudes en cualquier industria, sirviendo no sólo al orden y progreso interior de su país sino, también, a la expansión de su comercio por todas las partes del mundo. Mientras que en nuestro país el niño esteriliza sus esfuerzos y atrofia su organismo, sentado en una banca, año tras año, dentro de habitaciones casi sin aire y luz, entre los yanquis al lado de cada sala de estudio hay un taller y un campo de sport. Se ve, pues, que la obra del mejoramiento del indio requiere previamente el mejoramiento de quienes nos creemos inmensamente superiores a él. Tenemos que hacernos aptos para guiarle. Debemos romper los viejos moldes, donde se forman los maestros de nuestra juventud y de nuestro pueblo, para prepararlos sobre bases científicas modernas, a fin de que puedan realizar en el país la misión de hacerle fuerte y próspero por la energía y el bienestar de todos sus hijos. Pero séame permitido decir, de paso, que, para lograr

ésto, es necesario comenzar por mejorar la renta y estimular la elevación espiritual de quienes se dedican a la tarea educativa.

Una vez puesto el indigena en condiciones de trabajar eficientemente, una vez aprobado en las escuelas especia-



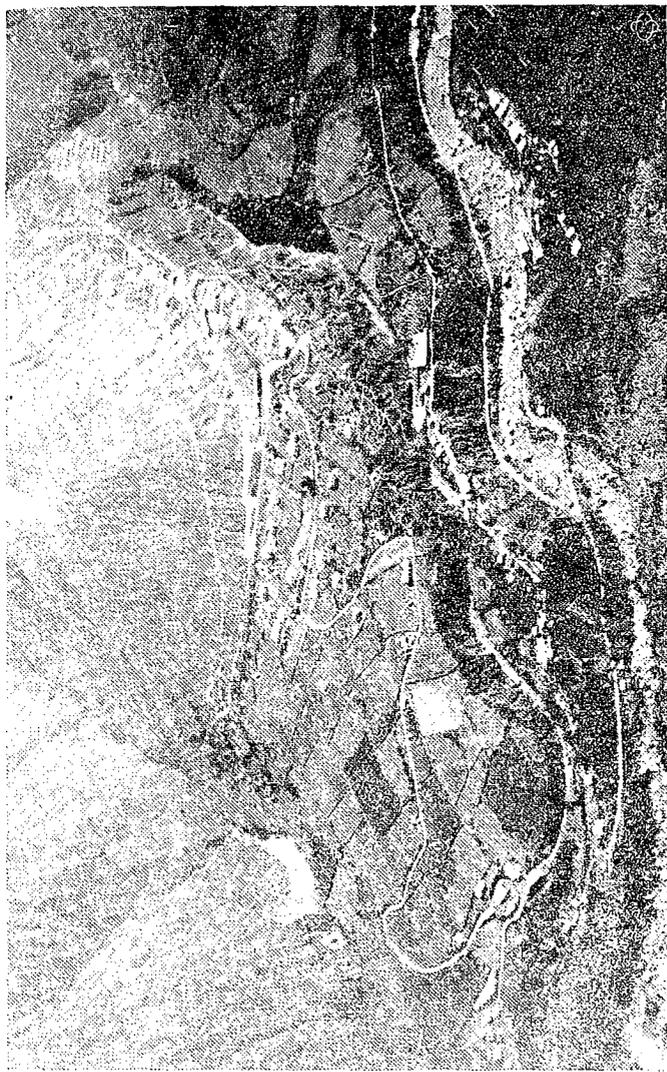
Fué el indio, durante la Colonia, el obrero único. Bajo la dirección de artistas y arquitectos, él hizo posibles las maravillas de estos templos y palacios, que encierran todo su esfuerzo y su sentido artístico.

les que se establecerían para cumplir el plan que dejó bosquejado, una ley del Estado le pondría en posesión de una parcela de tierra, dotada del agua necesaria y de extensión suficiente para el desarrollo de sus actividades y el logro de su bienestar. Y sobre esta simple base se podría continuar, paulatinamente, hasta transformar, como es preciso, la situación del pueblo aborígen.

Podrá argüirse lo que he oído en más de una ocasión, esto es, que no hay suficientes tierras disponibles para llevar a cabo la medida que propongo; pero, si eso sucede en algunas zonas del territorio, en otras ocurre lo contrario, y para facilitar el desarrollo del proyecto se debería adquirir los terrenos vacantes que hay en los valles del norte, y comprar, también, las tierras eriazas que existen en las cabeceras de la Sierra y en la región andina, para distribuirlas, bajo riego, por supuesto, entre los indígenas preparados para aprovecharlas por los conocimientos adquiridos en agricultura y ganadería. Así se despertaría en ellos un vivo interés por la escuela, que, indudablemente, contribuiría poderosamente a su evolución, y les haría capaces de adquirir, mediante el trabajo realizado hábilmente, independencia, bienestar y aptitudes para contribuir al bien de la patria.

Se resistirían los terratenientes a la venta cuya conveniencia acabo de insinuar? Juzgo que es inadmisibile el derecho de sustraer del acervo nacional zonas enormes de tierras, que pueden hacer el bienestar de las clases humildes y la prosperidad de la nación, para mantenerlas inproductivas. Contra tal injusticia se levantan los espíritus liberales en todos los países, inclusive Inglaterra, donde Lloyd George censura con sus frases más enérgicas a los nobles que conservan en su poder gran parte de las tierras del país, mientras existe en él un millón de hombres sin trabajo, a cuya subsistencia tiene que proveer el Estado.

Pero el indio instruido convenientemente, y dueño de un pedazo de tierra para vivir y prosperar, no estaría salvado ni podría hacer labor eficaz en bien del país, si quedara a merced de funcionarios deshonestos e imbuídos en punibles prejuicios de raza. Para evitar ésto, convendría que el Gobierno nombrara en cada capital de departamento una Junta Consultiva Pro-Indígena, compuesta por ciudadanos probos y justicieros, de entre los que tie-



El indio en la República sigue siendo la base de todo progreso. Esta fotografía aérea muestra las carreteras hechas exclusivamente por indígenas.

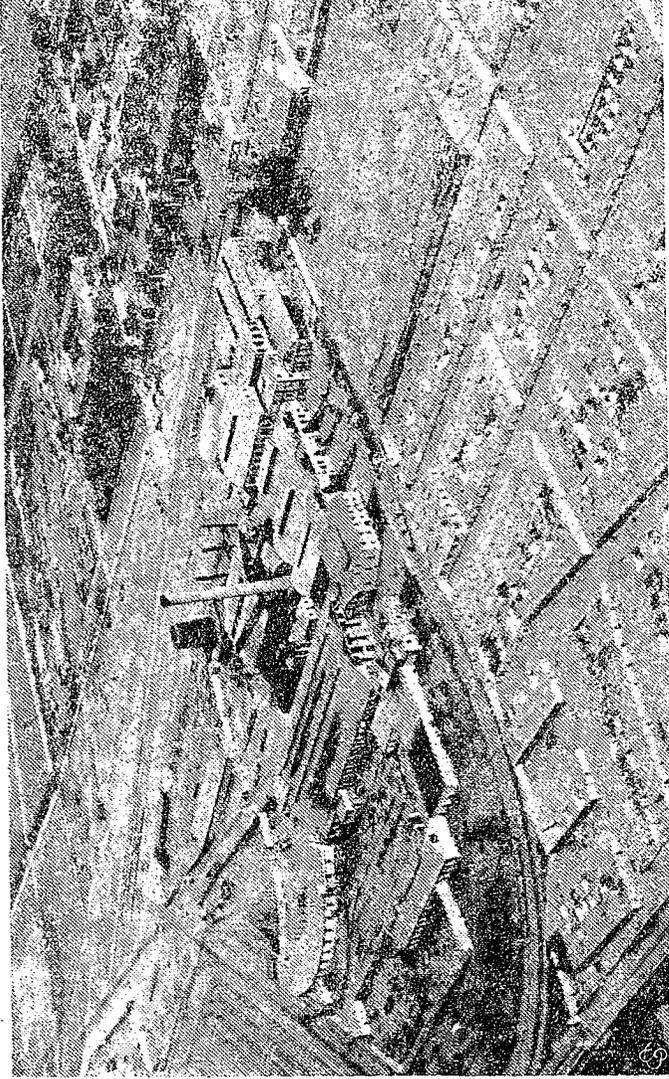
nen comprobados con hechos su anhelo de justicia para el indio. Esas juntas colaborarían con el poder público en la designación de los funcionarios políticos y judiciales para las provincias, donde es mayoría la población indígena, y velarían, en favor de ésta, por el estricto cumplimiento de las leyes que garantizan la libertad, la vida y la propiedad de los ciudadanos de la República. Naturalmente, la existencia de esos organismos semi-oficiales, no obstaculizaría la correcta acción pro-indígena de grupos fuera de su seno. La labor de éstos tiene que ser muy importante, como lo demuestra ya la que viene realizando el grupo *Resurgimiento*, recientemente fundado en el Cuzco.

Estoy muy lejos de creer que he dicho la última palabra en favor del indio; pero me siento satisfecho de haber aportado algunas ideas, en estas líneas, a la obra de preparar su bienestar, que ha tenido ya, y seguirá teniendo, mi modesta cooperación en el terreno de los hechos.

Sobre todo, insisto en afirmar la adaptabilidad del indio a las leyes del bien y del progreso. Generalmente se le condena por sus hábitos no higiénicos, por su afición al alcohol, por el uso de la coca, y por otros defectos y vicios provenientes del miserable estado en que vive; pero las personas que le creen perdido por eso, olvidan que nada serio se ha hecho por sacarlo de él, y ellas mismas, probablemente, no han pensado jamás en auxiliarte. Si se hubieran acercado a él alguna vez con espíritu de benevolencia, sabrían que es susceptible de mejoramiento. En todas las regiones de la costa peruana donde los trabajadores indígenas han hallado labor constante y remunerada equitativamente, y el trato a que tienen derecho, han sido factores de progreso, y la industria les debe, en gran parte, la evolución que ha experimentado. Tal sucede, por ejemplo, en el Valle de Chicama, en donde la más grandes negociaciones azucareras del Perú se han desarrollado a base del esfuerzo del bracero indígena.

Y a medida que éste ve su cooperación mejor recompensada, desaparece su característica desconfianza, y su espíritu responde al llamamiento de los ideales que hasta ayer le hallaron sordo e indiferente.

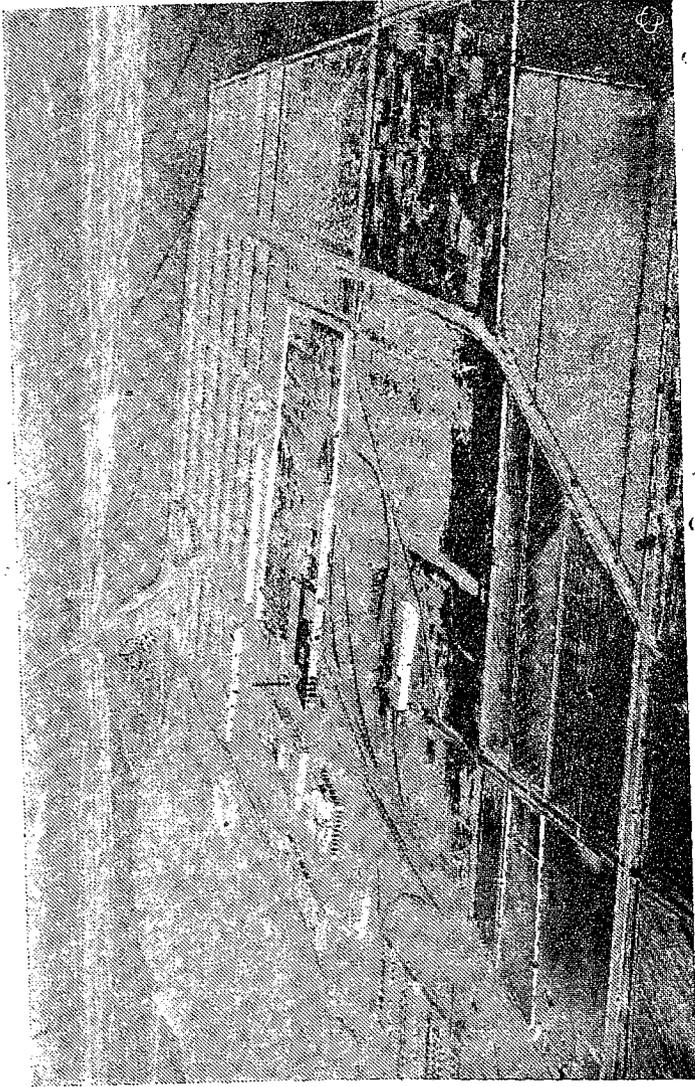
Conozco una colectividad industrial, radicada en la costa y cuyos trabajadores son asimismo indígenas, en cuyo seno no existe el alcoholismo, se ha impuesto la hi-



“Casa Grande”, una de las grandes negociaciones del Valle de Chicama, Vista a vuelo de pájaro. Allí, como en todo el valle y en todo el Perú, los brazos son de indios

gienes, la escuela realiza ampliamente su misión bienhechora, y prevalece, siempre, un espíritu de laboriosidad y civismo que ya no es ignorado en nuestro país ni en el exterior. ¿A qué se deba esto? Sencillamente, al hecho de que los dueños de la Negociación a que me refiero, no se sintieron obsesionados por el prejuicio de que el obrero indígena padece de incapacidad moral y mental irremediable. Tuvieron, al contrario, fé en los resultados de la educación y del trato humano y justiciero. Comenzaron por arrancar a sus trabajadores de las garras de voraces intermediarios; reemplazaron, después, la antigua ranchería de paja, falta de abrigo y donde el aseó era imposible, con habitaciones modernas, construídas con sujeción a los preceptos de la higiene, cómodas, y dotadas también de los muebles más necesarios; fundaron escuelas, diurnas para niños y nocturnas para adultos; levantaron teatros y campos deportivos; organizaron bibliotecas, y cultivaron el espíritu artístico de los pobladores; instituyeron premios al trabajo y a la virtud, a toda iniciativa saludable y al civismo; establecieron un "Departamento Social", cuya misión es enseñar a vivir mejor a la clase humilde, y prestarle todo el auxilio físico y moral que ella ha menester; dispusieron la distribución periódica de cartillas instructivas y educativas, favorables a la salud del cuerpo y a la elevación del espíritu, para acabar de desterrar el vicio y el espíritu de discordia; promovieron frecuentes conferencias tendientes al mismo objeto, y, de esta manera, demostrando siempre anhelo por el bien de todos los servidores de la empresa, y haciéndoles justicia en todo caso, llegaron a establecer tal vinculación espiritual entre los obreros y ellos, entre el asalariado y la empresa que abona el salario, que su obra puede servir como tipo de estudio, para aplicarla en los demás centros industriales del territorio nacional. Esto demuestra cuánto se puede hacer sobre la base del elemento indígena, si se procede con espíritu de equidad, de justicia, y respetando los derechos de los más humildes, tanto como el derecho de los más poderosos.

El Perú, con feraces tierras, con una ingente riqueza minera, con climas variados y admirables, bajo los cuales se produce todo lo que el hombre necesita para su sustento y progreso; con bellezas naturales que extasían a los extranjeros; con centros de cultura, alabados por todos los elementos que se ponen en contacto con ellos, y con una



“Roma”, en el Valle de Chicama.

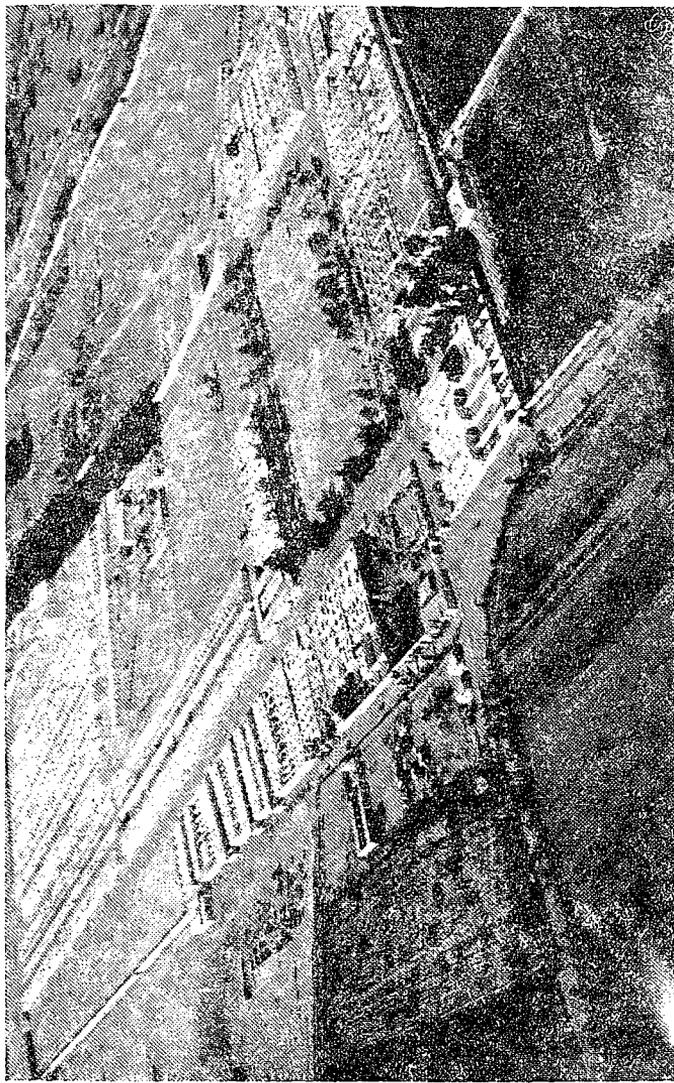
raza autóctona que no reconoce superior en el mundo, es capaz de surgir a gran altura, mediante el esfuerzo de todos sus hijos, siempre que nobles espíritus, guiados por su patriotismo y por un simple sentido de conservación, quieran acometer la obra de educación y de justicia que ya no cabe postergar.

Afortunadamente, como queda dicho al principio de este artículo, el deseo de acometerla se generaliza y arraiga.

Las miradas de la generación presente se dirigen hacia el pasado, para hacer de él la base digna y firme de la nacionalidad.

Actualmente se está aprovechando parte de las maravillosas obras de irrigación que los antiguos peruanos llevaron a cabo en nuestro territorio, lo que tiene que avivar nuestro afecto a la raza que de ellos descende. Los exponentes de bellas artes hallados en las distintas zonas arqueológicas de la república, son cuidadosamente conservados y estudiados por hombres de ciencia, en los principales museos de América y Europa. Los profesores Mead, Masson, Saville, Hough, Hardikla, Uhle, Gamio, Lanfe, Ericson, Joyce, Verneaux, Rivet, Schmidt, Lemlan Gehsmart, Bacci, Callegari Melida, y otros, realizan importantes estudios sobre el pasado peruano. La espléndida colección adquirida por el señor Víctor Larco Herrera, con clara visión y laudable devoción al Arte, forma el primer museo nacional de Arqueología, el que, una vez organizado, con todos los elementos necesarios, habrá de popularizar el inmenso tesoro de orden científico, histórico y artístico que encierra, para enseñar a las nuevas generaciones el amor a sus ascendientes. Prestigiosos cultores de la música, como Daniel Alomía Robles y los barones D'Harcourt, hacen conocer y aplaudir las bellezas del *folklore* incaico, en distintos países. El diestro pincel y el talento pedagógico y artístico de la señorita Elena Izcue, trasladada al lienzo, lleva a la escuela, y populariza en ambos continentes, el venero de inspiraciones que nos legara el arte de los Incas en telas y cerámicas. Acaba de publicarse el primer mapa del imperio del Tahuantisuyo (1), que será distribuido en todas las escuelas nacionales

(1) — Este interesante documento histórico, publicado por el autor de este ensayo, señor Rafael Larco II., está inserto entre las ilustraciones del presente volumen.



“Chicim, la hacienda que ha hecho del indio factor útil y digno, por medio del cariño persuasivo, de la razón serena y de la justicia,

e instituciones científicas del continente Americano. Nuevos órganos de publicidad propagan los conocimientos de la prehistoria patria, e inculcan amor a nuestra propia raza. El museo Nacional y el de la Universidad hacen labor de divulgación por medio de sus revistas. Hábiles escritores nacionales, de los cuales me limitaré a mencionar para ser breve, a los señores Horacio H. Urteaga, Luis E. Valcarcel (2), Enrique López Albújar, José Frisancho, Carlos A. Romero, y a la señora Dora Mayer dan a conocer las costumbres de nuestros pueblos andinos y las bellezas de sus paisajes. A iniciativa del señor Ventura García Calderón, se prepara una exposición precolombina peruana, un congreso de peruanistas, y la edición de la obra más completa sobre el pasado nacional. Presidido por el señor doctor Francisco Graña, trabaja activamente el Comité nombrado para la sección de arqueología peruana en la Exposición de Sevilla. Y en muchos espíritus peruanos existe la inquietud creciente por hacer vasta cultura sobre estos asuntos, y los más avanzados escritores pregonan la necesidad de salvar a la raza indígena.

De cara al Sol, que evoca el grandioso pasado de esta raza, y hace germinar nuestras feraces tierras; deslumbrado por los radiantes celajes que envuelven las cimas de nuestras cordilleras, soñando con un porvenir grandioso para mi patria, y contemplando la mísera situación de las numerosas muchedumbres peruanas que descienden de los dueños de este suelo, exalto el amor al bien de mis compatriotas cultos, y les pido que dediquen su pensamiento y su acción a la gran cruzada que ha de traer al indio humilde, ignorante y fuerte, a la vida consciente y altiva que hará su engrandecimiento y el de la Nación.

Rafael LARCO H.

Lima, MCMXXVII

(2) — El señor doctor Valcárcel, indianista ferviente, cuyo "Ideario" aparece también, en este folleto.

SANTIANO ANTUNEZ de MAYOLO

Ingeniero y Publicista

EL PROBLEMA DEL INDIO Y DE LA TIERRA

(Artículo publicado en "El Comercio", de Lima, el 15 de
Junio de 1927)

El problema del indio y de la tierra



EMOS leído, con el mayor interés, el importante y bello artículo titulado "El problema del indio", escrito por el señor Rafael Larco Herrera en "El Comercio" del 12 de junio.

Todos conocen la labor, digna de encomio, que ha realizado el señor Rafael Larco Herrera en beneficio de los obreros, la mayoría indígenas, de su Hacienda "Chiclín". Esta puede servir de modelo a las demás haciendas del Perú, y de ejemplo a los hacendados que creen que su obligación para con sus obreros se reduce a pagarles sus jornales, y no procuran, por tal razón, mejorar las condiciones materiales, morales e intelectuales de sus obreros, como se ha conseguido realizar, según las referencias que tenemos, en Chiclín. Tal circunstancia, y el hecho de ser el señor Rafael Larco Herrera un hombre eminentemente práctico, que ha pasado su vida consagrado al trabajo, da un relieve especial al citado artículo.

Según el señor Larco Herrera, tres son los puntos primordiales del programa que es preciso poner en práctica para convertir a la raza aborigen en fuerza viva del país, a saber:

Escuelas especiales;

Distribución de tierras;

Buenas autoridades y labor ciudadana eficiente, para impedir toda clase de abusos.

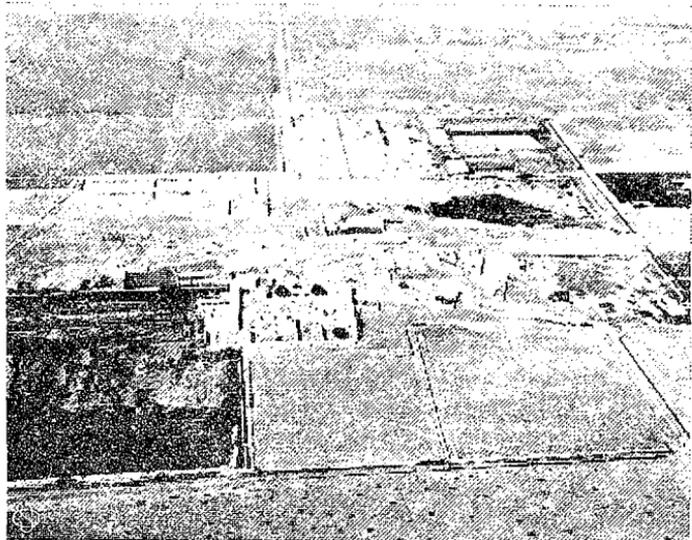
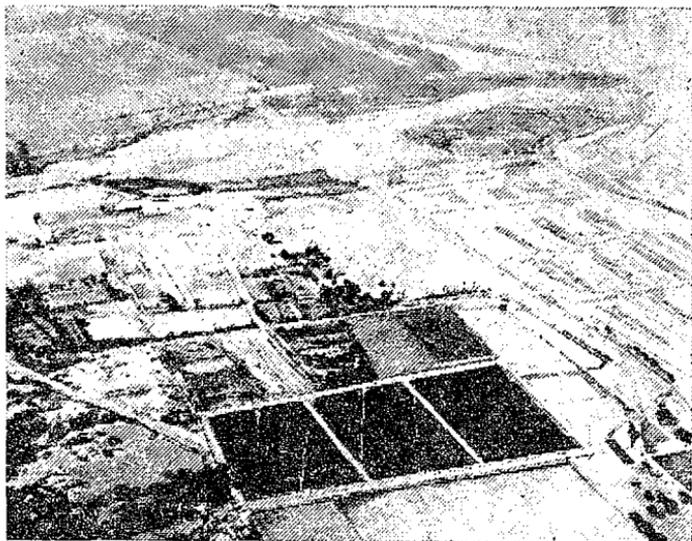
Mucho se ha discutido entre nosotros sobre el problema del indio; para unos es un problema insoluble; hay quienes piensan que la solución está en el mestizaje, mediante el cruzamiento con los inmigrantes, que se espera vendrán algún día a nuestras serranías: así pensó resolver el famoso dictador, doctor Francia, el problema del indio en el Paraguay, obligando a casarse, por ley, a los blancos con las indias. Hay, por último, quienes creen,

como el señor Larco Herrera, que la piedra angular de la redención del indio es la escuela. Pero, ¿qué clase de escuela? Hemos tenido una sola clase de escuela en todo el país, como si estuviese formado éste por una población igualmente adelantada, y en condiciones de vida más o menos similares, por lo que se ha fracasado, como tenía que suceder. Por eso el señor Larco Herrera propone que en las escuelas normales que existen en el Perú se preparen preceptores elementales especiales, "capaces de suministrar al indio lecciones eficaces de higiene moral y física, y nociones suficientes de agricultura, ganadería y minería, como también de las industrias adaptables al medio". Tal ha sido, también, el pensamiento del gobierno, seguramente, al crear las escuelas vocacionales; pero, según entendemos, se ha tropezado con la carencia de maestros capacitados para tal enseñanza, además de las dificultades de orden pecuniario, para la adquisición, siempre costosa, de útiles, herramientas, campos de cultivo, etc., que demandaría tal clase de escuelas. Y, sin embargo, nuestros ilustrados representantes a congreso, en un momento de entusiasmo, votaban un crédito de quinientos mil soles para que el Perú contribuyese a la creación de una Universidad en Panamá. Habría deseado que dichos representantes hubiesen "visitado primero" las escuelas de las provincias que representan, para, después, consultando su conciencia ciudadana, votar tal crédito.

No hace mucho, en una conversación promovida por la Sociedad de Ingenieros sobre la protección a las industrias nacionales, manifestamos que uno de los medios más eficaces para ello, consistiría en la formación de obreros preparados para la clase de trabajo que deben ejecutar. Ahora bien, el indio es, no sólo capaz de aprender y especializarse en los trabajos manuales más delicados, sino que también puede descollar en las disciplinas intelectuales más difíciles, si se le da oportunidad, como lo atestiguan algunos de los indios ilustres que hemos tenido.

Respecto a la parcelación y distribución de tierras entre los indios, ya se hizo una primera distribución en el Coloniaje, conforme a la cédula Real expedida en el Pardo el 1. de Noviembre de 1594, por la que se mandaba hacer la "Composición y Repartición de Tierras", para con su producto "Poner y fundar en la mar una gruesa armada para asegurar a que estos reynos y las flotas que

ban y bienen de ellos no reciban daños de los enemigos. como se procuraban, antes sean castigados.. etc.” En virtud de tal cédula, refiriéndome a lo que hoy es Ancash.



Cartavio, otra hacienda cañavelera del Valle de Chicama.
Chiquitoy, también en el Valle

se hizo la venta de las tierras, a lo que se llamó Composición, y la repartición de una parte de ellas entre los indios del Callejón de Huaylas el año 1594, por el capitán don Juan de Cadalso Salazar, y en Ayja, doctrina del partido de Huaylas, 121 años más tarde, como consta por el siguiente documento que publicamos, a fin de que se pueda ver el espíritu que tenían.

“En el pueblo de Santiago de Ayja de la provincia de Huaylas en cuatro días del mes de enero de mil setecientos quince años. El general don Thomas de Urdinola, juez Visitador para la Medida, Venta y Composición de tierras, solares y otros afectos de este pueblo de Ayja, y habiendo pedido al Casique, Alcalde y principales la numeración de los indios de él, la presentaron... Y para que tengan tierras asignadas que cultivar y cesen discordias y pleitos entre ellos, que reconozcan las sobras que hubiesen que se vendan por cuenta de su Magestad, mandaba y manda se les haga repartición de tierras que sean fértiles y buenas en los parajes que asignasen y señalasen y sean de su mayor conveniencia cercano al pueblo en conformidad de lo proveído y mandado por reales órdenes de estos reynos, para que más cómodamente, y sin otra falta, acudan los días de su obligación a Misa y Doctrina Cristiana; la que se hará en esta manera:

“Al Capitán Don Ysidro de Carbajal, Casique principal y Gobernador tres fanegadas.

“A los siete principales, siete fanegadas, una a cada uno.

“A cada indio tributario una fanega.

“A cada indio reservado, viuda, muchacha o muchacho, media fanega.

“Al común de dichos ayillos, siete fanegas.

“Para los que han de nacer y entrar a tributar en los siete Ayillos, otras siete fanegas, etc.”

A tal repartición de tierras se debe seguramente que en Ayja se halle la propiedad muy dividida, circunstancia que ha influido principalmente en que la condición y estado de adelanto de la raza aborigen en Ayja sea superior que en los demás pueblos de Ancash, y que allí no obstante ser una población de las serranías, sean muy pocos los analfabetos que hay, lo que no sucede en los pueblos del Callejón de Huaylas y en los pueblos del Este de la Cordillera Blanca, donde se hallan los latifundios.

No sabemos si en otras partes se hizo, con igual equi-

dad que en Aija la repartición de tierras entre los indios, y cómo es que, si así fué, no habiendo aumentado, con toda probabilidad, la población indígena, de aquella época a la fecha, resulten en muchas regiones los indios sin tierras, y éstas en poder de los grandes latifundistas.

Ya se ha pensado con anterioridad adquirir los grandes latifundios para subdividirlos, cómo pasa con la Hacienda de Patibamba, que rodea la ciudad de Abancay e impide, según refieren, el crecimiento de la población.

Con motivo de las disputas surgidas entre los terratenientes y los indios en distintas épocas y diferentes lugares del Perú, se ha proyectado, sin cristalizar en hecho, la adquisición de las tierras, materia de disputas de los latifundistas para distribuirlas en parcelas entre los indios; pero, como hemos dicho, no ha pasado de un buen deseo.

Ahora el señor Larco Herrera propone la adquisición de las tierras eriazas de las cabeceras de la Costa y algunas de la región andina, para distribuirlas en parcelas entre los indios que hayan pasado por las escuelas especiales, adquiriendo los conocimientos necesarios para trabajar la tierra y obtener de ella el máximo rendimiento. Así la parcela sería el complemento de la escuela y estimularía al indio a acudir a ésta. Como se vé, la idea es ingeniosa y presupone una labor continuada durante mucho tiempo.

Nosotros propondríamos una forma distinta porque desconfiamos de la labor perseverante y uniforme de los gobiernos, y aún de los ministerios que en poco tiempo se suceden. Nosotros propondríamos simple y llanamente la adquisición de los grandes latifundios por el gobierno, y la parcelación y venta, a largos plazos, de los lotes a los indios, a quienes se les proporcionaría, además, las herramientas para trabajar las tierras. En estos grandes latifundios ya parcelados y entregados a los indios, vendría entonces la escuela elemental a completar la obra civilizadora. Los indios podrían hacer sus pagos no sólo en dinero, sino también con su trabajo en las obras públicas, que luego vendrían a beneficiar al indio, permitiéndole trasportar los productos de la tierra y de su industria a los mercados de venta.

Santiago ANTUNEZ de MAYOLO.

Lima, MCMXXVII.